

**¿QUÉ QUIERE DIOS?**

## **Otros libros del mismo autor**

### ***Sobrenatural:***

*Lo que la Biblia enseña sobre el mundo invisible  
y por qué es importante*

### ***El Reino Invisible:***

*Recuperando la cosmovisión sobrenatural de la Biblia*

### ***Ángeles***

*Lo que la Biblia realmente enseña  
sobre las huestes celestiales de Dios*

### ***Demonios***

*Lo que la Biblia realmente enseña acerca  
de los poderes de las tinieblas*

### ***Te reto a no aburrirme con la Biblia***

### ***La Biblia sin filtros:***

*Acercándose a las Escrituras en sus propios términos*

### ***Revirtiendo Hermón:***

*Enoc, los vigilantes y la misión olvidada de Jesucristo*

*Breves ideas sobre el dominio del estudio de la Biblia*

*(Serie Erudita de 60 segundos)*

# ¿QUÉ QUIERE DIOS?

MICHAEL S. HEISER

BLIND SPOT  
P R E S S

© 2018 Michael Heiser

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de *La Santa Biblia, English Standard Version® (ESV®)*, copyright © 2016 *Crossway Bibles*, una división de *Editorial Buenas Nuevas*. Utilizado con permiso. Todos los derechos reservados.

A menudo, las citas de las Escrituras son de *The Holy Bible, Nueva Traducción Viviente*, copyright © 1996, 2004, 2007. Usado con permiso por *Editorial Casa Tyndale, Inc., Carol Stream, Illinois, 60188*. Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-0692199046 (*Blind Spot Press*)

ISBN-10: 0692199047

Versión en español: Mario Porras

Editorial principal: Arthur Mondejar

Revisores: Alfredo Gonzalez, Nelida Diffey, Hugo Delgado, Henry Bruno, Sara Mae, Archie Patrick, Luis Rivas, Elizabeth Jimenez

Todos los derechos reservados.

Portada: Molly Joy Heiser

Tipografía: ProjectLuz.com

## Dedicación

Para todos aquellos que comienzan su viaje de fe en Jesús, y para aquellos que lo iniciaron hace mucho tiempo, pero sienten que aún no han avanzado.

## TABLA DE CONTENIDO

Abreviaturas	ix
Prefacio— Por favor, no dejes de leer esto	xi
Introducción	I
<b>Parte I</b>	<b>5</b>
Capítulo Uno: Dios quería una familia	7
Capítulo Dos: Dios aún quería una familia	13
Capítulo Tres: Dios fue traicionado por su familia	23
Capítulo Cuatro: Dios se unió a su familia humana	31
Capítulo Cinco: Dios da seguimiento a su familia	37
Capítulo Seis: Dios está con Su familia por siempre	44
Resumen y vista previa	50
<b>Parte II: El Evangelio</b>	<b>53</b>
Capítulo Siete: ¿Qué es el Evangelio?	55
<b>Parte III: Siguiendo a Jesús</b>	<b>65</b>
Capítulo Ocho: ¿Qué es el discipulado?	67
Capítulo Nueve: ¿Qué hace un discípulo?	73
Nombres y términos importantes (glosario)	93
Resumen de términos sobrenaturales	99



ABREVIATURAS DE  
LOS NOMBRES  
DE LOS LIBROS DE LA BIBLIA  
(DONDE SEA NECESARIO)

ANTIGUO TESTAMENTO

Gén (Génesis)	Job
Éxod (Éxodo)	Sal (Salmos)
Lev (Levítico)	Prov (Proverbios)
Núm (Números)	Ecc (Eclesiastés)
Deut (Deuteronomio)	Cant (Cantares)
Jos (Josué)	Isa (Isaías)
Jue (Jueces)	Jer (Jeremías)
Rut	Lam (Lamentaciones)
1-2 Sam (1-2 Samuel)	Eze (Ezequiel)
1-2 Rey (1-2 Reyes)	Dan (Daniel)
1-2 Cró (1-2 Crónicas)	Os (Oseas)
Esdras	Joel
Neh (Nehemías)	Amós
Ester	Abd (Abdías)
Jon (Jonás)	Sof (Sofonías)
Miq (Miqueas)	Hag (Hageo)
Nahum	Zac (Zacarías)
Hab (Habakuk)	Mal (Malaquías)

NUEVO TESTAMENTO

Mat (Mateo)	1-2 Tes (1-2 Tesalonicenses)
Marcos	1-2 Tim (1-2 Timoteo)
Lucas	Tito
Juan	Filem (Filemón)
Hechos	Heb (Hebreos)
Rom (Romanos)	Santiago
1-2 Cor (1-2 Corintios)	1-2 Pe (1-2 Pedro)
Gál (Gálatas)	1-2-3 Juan
Ef (Efesios)	Judas
Fil (Filipenses)	Ap (Apocalipsis)
Col (Colosenses)	

## PREFACIO —

### POR FAVOR, NO DEJES DE LEER ESTO

Yo espero haber llamado tu atención. Yo sé... que los prefacios, en la lectura, son equivalentes a esperar en una fila - por cualquier cosa -, o a ver C-Span y estar atascado en el tráfico. No prometeré que esta obra sea emocionante, pero sí es importante.

Este libro es una introducción a aquello de lo que *realmente* trata la Biblia -el amor de Dios-, cómo Dios quiere que tengas vida eterna con Él, y cómo Dios quiere que ayudes a otros a aprender acerca de esos dos primeros elementos. Bastante simple... pero probablemente *no* es a lo que estás acostumbrado, en ese sentido. Este no es el libro “Cristianismo 101” de uso común. Cubrirá algunas cosas que no has escuchado antes, y enfocaré los temas desde un ángulo un poco diferente sobre muchas cosas que pueden ser familiares.

Tengo dos tipos de lectores en mente. El primero es alguien que recientemente ha llegado a la fe en Jesús. Si ese eres tú, probablemente ya estés un poco intimidado por la Biblia. Hay mucho en ella que suena extraño y no es fácil de entender. Créeme, sé cómo te sientes. Cuando llegué a creer en Jesús, siendo un adolescente, no sabía casi nada acerca de la Biblia. Había oído hablar de Jesús, Noé, y Adán y Eva. Eso fue todo. Este es un libro que desearía que alguien me hubiera entregado justo después de abrazar el Evangelio. Me hubiera ayudado a entender la historia de la Biblia y algunos conceptos muy importantes. Creo que hará eso por ti.

El segundo lector que tengo a la vista es la persona que ha conocido a Jesús por un tiempo, pero que de alguna manera se siente “atascada.” Crees en Jesús, has estado ocupado en la iglesia por un tiempo -tal vez mucho tiempo-. Pero tienes esa sensación persistente de que debe haber más que eso; justo debe haber más en la Biblia que lo que has asimilado hasta este punto. Te sientes un poco perdido cuando se trata de lo que realmente significa seguir a Jesús. Debe haber más que el servicio de los

domingos, salir con amigos cristianos y participar de los grupos en la iglesia. Quiero que sepas que tus instintos son correctos. Este libro te ayudará a proseguir hacia adelante.

Puede parecer contradictorio, pero este libro pretende presentar -o quizás volver a introducir- algunas ideas básicas pero importantes para personas inteligentes. Siempre presumo que mis lectores son inteligentes. Para algunos de ustedes, este libro los ayudará a volver a aprender algunas cosas de una manera nueva. Para otros, sólo el principio, todos tenemos que empezar en alguna parte. De modo que, aquí estamos.

Espero que este libro prepare a los lectores para conducirlos a otros libros que he escrito. Después de terminar este libro, te recomiendo pasar a *Sobrenatural: Lo que la Biblia enseña sobre el mundo invisible — y por qué es importante*. Para los lectores de habla inglesa, el libro está disponible en internet, ya sea a través de amazon.com o el editor, Lexham Press. También hay una serie de videos gratuitos en internet donde abordo algunos de los conceptos importantes en este libro. Para los lectores de otros idiomas, ese libro se puede descargar gratis en <https://www.miqlat.org/translations-of-supernatural.htm>.

Después de leer *Sobrenatural*, espero que los lectores se gradúen con varios otros libros que he escrito que demuestran que hay mucho más que aprender sobre la Biblia y sobre Dios, de lo que podrías escuchar en la iglesia: *Te reto a no aburrirme con la Biblia*; *La Biblia sin filtros: Alcanzando la escritura en sus propios términos*; y *El Reino Invisible: Recuperando la cosmovisión sobrenatural de la Biblia*. También espero que todos ustedes se conviertan en oyentes de mi podcast *La Biblia al descubierto*. El nombre refleja mi objetivo de dar a los oyentes contenido bíblico en su propio contexto antiguo y original, libre de los filtros modernos confesionales y suposiciones basadas en los paradigmas occidentales modernos. Sólo me ocupo de lo que el texto bíblico pueda sostener, entendido en su propio contexto; no lo que las tradiciones han dicho sobre el Texto. Cada mes, cientos de miles de oyentes aprenden a leer la Biblia por primera vez. La emoción del descubrimiento es algo que todo creyente debe experimentar con regularidad. Por eso hago lo que hago.

¡Gracias por leer esto!



## INTRODUCCIÓN

¿Qué quiere Dios?

Suena como una pregunta simple, pero si lo piensas un poco, realmente no lo es.

¿Por qué? Bueno, para empezar, tienes que saber quién está haciendo la pregunta. Tal vez sea un susurro apenas audible que surge de una profunda tristeza. ¿Será curiosidad la motivación? ¿O simplemente te motiva el deseo de reflexionar y tener pensamientos profundos? No es difícil ver que el dar la respuesta correcta depende de *porqué* se hace la pregunta.

Ya que soy el que hace la pregunta, es fácil aclarar eso. Pero primero déjame decirte lo que *no* me está motivando. No estoy haciendo la pregunta porque no sepa la respuesta. Yo, de hecho, conozco la respuesta para todos, al menos en términos de la respuesta que Dios mismo daría con respecto a todos nosotros. Y así es precisamente como lo estoy formulando. Lo pregunto para que te ayude a pensar en algunas cosas importantes. Cuando pregunto: “¿Qué quiere Dios?” Realmente estoy preguntando: *¿Qué quiere Dios cuando se trata de cada persona en la raza humana?* ¿Qué quiere Él cuando se trata de mí y de mi vida y de ti y de tu vida?

Antes de llegar a la respuesta es bastante obvio que la pregunta es religiosa. Las preguntas sobre Dios naturalmente se archivan en esa carpeta. He planteado la pregunta y la responderé porque estoy interesado en Dios. La mayoría de la gente todavía lo está, aunque no está interesada en la iglesia. Eso está bien, ya que no es necesario que la voz de éstos se oiga sobre la de los primeros. No soy un pastor o sacerdote, pero he hecho mi carrera estudiando la Biblia -sí, eso es realmente posible-. Así que, ya que soy el que pregunta, mi respuesta será bíblica. Eso reduce el enfoque un poco más. Mi objetivo será explicar cómo respondería la Biblia a la pregunta “¿Qué quiere Dios?”

Ahora, la respuesta. Es simple. Él te *quiere*.

Eso podría sorprenderte. Puedes dudarle. Está bien. Pero es la respuesta correcta. Para ser honesto, sin embargo, la respuesta no es *suficiente*. No puedes imaginarte cuán sorprendente y profunda es esa respuesta con esa sola afirmación. Necesitas un poco de contexto para apreciar cuánto amor hay detrás de eso. En realidad, hay una larga y notable *historia* tras la respuesta.

Como ese es el caso, este libro no sólo trata sobre lo que Dios quiere, sino sobre *cosas que Dios quiere que tú sepas*. Sí, Él te quiere, pero para que aprecies eso y –espero- sientas lo mismo con respecto a Dios, es necesario un poco de contexto.

Ese, por supuesto, es mi trabajo. Comenzaremos con la historia de Dios. Hay mucha tragedia, pero nada de eso cambió la opinión de Dios acerca ti –o de mí, por fortuna-. Una vez que termine de contar la historia -no es todo el libro, así que, si no eres un ávido lector, estás de suerte- analizaré algunas partes de la historia que son especialmente importantes. Pero si solamente lees la sección de la historia, obtendrás la respuesta a la pregunta con la que empezamos. Sin embargo, supongo que querrás seguir adelante. Espero que lo hagas. Es algo bueno.

Antes de que empecemos, tengo que hacer una acotación. Si has pasado gran parte de tu vida en la iglesia, podrías pensar que ya conoces la historia. Seguramente conoces una parte, pero te garantizo que habrá algunas sorpresas. Desafortunadamente, lo que más a menudo se interpone en el camino de lo maravilloso de la historia es la religión. A veces las preferencias de la iglesia y las denominaciones se vuelven más importantes que la historia misma. Ese no es el caso aquí.

Aunque supongo que algunos lectores están familiarizados con la Biblia, confío en que tú vas a encontrar nuevas verdades y nuevas formas de pensar acerca de las verdades antiguas. Y si nunca has estado en una iglesia o escuchado mucho sobre la Biblia, eres el lector perfecto. No hay nada que desaprender o volver a aprender. Está todo fresco. De cualquier manera, creo que vas a experimentar la emoción de descubrir lo que Dios quiere -y por qué-.

PARTE I

LA HISTORIA

## CAPÍTULO UNO

### DIOS QUISO UNA FAMILIA

**E**l primer concepto que tuve sobre Dios no fue el de un papá invisible en el cielo. Dios fue un creador, un poder distante. Presumí que sabía de mí y de todos los demás, pero no tenía idea de lo que Él estaba pensando -o si estaba pensando- acerca mí o las otras personas en el mundo. No dudé que Él estaba allí -aunque no como una presencia real en la habitación, o algo parecido-. En cambio, Dios era más o menos un observador distante, cuya atención podría yo recibir de vez en cuando -tal vez cuando estaba en problemas-. No pensé en Dios como como si la tuviera cogida conmigo, eso ni pensarlo, o que no se agradara de mí. Por mi parte, acepté que Dios era real, y no tenía razón alguna para pensar que Él fuera hostil. Pero eso fue todo. Como dice el dicho, fuera de la vista, fuera de la mente.

Tuve mucho que aprender acerca de Dios. Como no lo estaba buscando, presumí que no me buscaba a mí. Si alguien me hubiera preguntado, creo que habría dicho que Dios tenía mejores cosas que hacer. Habría presumido que yo no estaba haciendo algo -bueno o malo- que mereciera mucha atención.

Estaba equivocado. Dios *estaba* buscándome. Simplemente no lo sabía. Ahora sé que Dios me buscó porque está en Su naturaleza buscarnos. Él está *comprometido* con nosotros.

¿Cómo sabemos estas cosas acerca de Dios? (Esa es una pregunta que voy a hacer más de una vez, ¡así que búscala!) Comencemos con nosotros mismos, como una analogía. Es normal -parte de nuestra naturaleza- preocuparnos por las cosas que hacemos, especialmente si requieren un esfuerzo serio o son el resultado de un pensamiento concertado. Es natural que nos sintamos enojados o resentidos cuando alguien se burla, menosprecia, destruye o reclama como suyo algo que *hicimos*, logramos o pensamos primero. *No* sentir esas cosas sería anormal. Nos sentimos de esta manera debido a que somos así

por naturaleza. Somos autoconscientes. Todos nosotros tenemos una vida interior, la vida de la mente. Utilizamos nuestra inteligencia para lo que queremos y nos ofrece placer, no para lo que nos trae dolor y pérdida. Actuamos intencionalmente, no aleatoriamente o sin propósito. Nos guiamos por nuestra racionalidad e intuición. Los ejemplos de porqué esto es así son numerosos. Aun las cosas que creemos insignificantes se hacen intencionalmente, guiadas por la razón. Nos cepillamos los dientes porque no queremos caries ni mal aliento. Nos levantamos porque queremos mantener nuestro trabajo –o mejor aún, porque tenemos algo divertido que hacer-. Giramos a la izquierda en lugar de a la derecha porque tenemos un lugar para ir. En aquellas ocasiones en las que podríamos hacer algo que podría llamarse irracional -como flamear a alguien en las redes sociales que quizá nunca lo vea o se preocupe-, es porque queremos un resultado deseado -sentirnos superiores o “mostrarle una lección”-. E incluso cuando hacemos algo desagradable es con la idea de que resultará para nuestro bien de alguna manera. De otra manera, ¿por qué hacer dieta? Somos por naturaleza seres con propósito, no seres inútiles.

Una vez más, lo contrario a estas cosas señalaría una anomalía psicológica o emocional.

Con el Dios de la Biblia compartimos esta característica. Dios hace lo que hace para *disfrutar* de lo que ha hecho. Dios no creó la humanidad porque le faltaba algo. No estaba solo, como si estuviera incompleto o necesitara compañía. Dios no necesita nada porque... bueno... Él es Dios. Creó cosas para disfrutar el trabajo de sus propias manos, por así decirlo. Y las cosas que más le importan son las que hizo para ser como Él es, “a Su propia imagen,” como lo dice la Biblia (Génesis 1:26). Así somos tú y yo.

## **DONDE COMIENZA NUESTRA HISTORIA**

Nuestra historia -la historia de porqué Dios nos quiere- comienza con la idea bíblica de que Dios es nuestro Hacedor. Aunque no podemos comprenderlo completamente, la conclusión es que estamos aquí porque Dios nos quiere aquí. Dios no actúa al azar. Él actúa con un propósito. Cuando creó a

la humanidad, no estaba tratando de llenar alguna deficiencia en Sí mismo. Dado el hecho de que no nos necesitó, pero aún nos hizo, sólo hay una explicación racional de porqué nos creó. Dios quería que existiéramos, para disfrutarnos -y para que disfrutemos de Él a cambio-. Debido a que Dios nos creó, la Biblia se refiere a Él como nuestro “Padre” y a las personas de Adán en adelante como Sus hijos.<sup>1</sup> Es por eso por lo que la Biblia usa el lenguaje de la familia para describir a Dios y su relación con nosotros. Eso no es casualidad.

Pero yo mismo me estoy adelantando un poco. Para entender realmente el contexto bíblico del lenguaje centrado-en-la-familia, debemos regresar en el tiempo en que Dios hizo la tierra y la raza humana. Puede que te sorprenda, pero Dios tampoco estaba solo entonces. Esa es otra razón por la que podemos estar seguros de que no nos creó para sanar Su propia soledad.

La Biblia nos dice que antes de que Dios nos creara, Él ya había creado otros seres inteligentes. La Biblia los llama “hijos de Dios”. Nosotros los llamamos ángeles. El libro de Job del Antiguo Testamento nos dice que los hijos de Dios “gritaron de alegría” cuando Dios colocó los cimientos de la tierra (Job 38: 4-7). Ya estaban presentes y observando.

Piensa en la frase: “hijos de Dios.” El mismo término hebreo traducido como “hijos” también se puede traducir de manera más inclusiva como “niños.”<sup>2</sup> ¿Qué implica una frase como “hijos de Dios”?

Familia.

“Niños” es un término que usarías cuando la familia sea el tema de conversación. En el caso de Job 38: 4-7, la familia es celestial o sobrenatural. Dios es Padre de los seres inteligentes que crea en el reino invisible.

El hecho de que Dios ya tenía una familia sobrenatural nos ayuda a comprender Su motivación para la creación de Adán y Eva, los primeros humanos en la historia de Génesis. Dios quería una familia *humana* además de su familia sobrenatural.

---

<sup>1</sup> Isa. 63:16; 64:8; Luc. 3:38; Hechos 17:28-29; Rom. 1:7; 1 Cor 1:3.

<sup>2</sup> Gén. 3:16; 30:26; 31:43.

Increíblemente, la historia del Edén nos dice que Dios quería que Sus dos familias vivieran juntas en Su presencia.

Esto significa que, al igual que los ángeles, los humanos originalmente fueron creados aptos para la presencia de Dios mismo.

Pero ¿cómo sabemos todo eso? -Allí voy otra vez-. Echemos un vistazo.

El primer libro de la Biblia, Génesis, comienza con la creación. Para cuando la historia llega a las personas -Adán y Eva-, Dios ya había hecho una creación numerosa. La historia se desarrolla con Dios creando plantas, insectos, criaturas voladoras y animales terrestres. Ninguna de esas criaturas era capaz de tener una relación con Dios. No podían conversar con Dios. No podían compartir sus pensamientos con Dios o expresarle su aprecio. Los miembros de una familia se relacionan entre sí -ellos interactúan a un nivel intelectual y emocional-. Forman vínculos de compañerismo. Aun así, tan espectaculares como son las plantas y los animales, no podían desempeñar el papel de los niños. Ellos no eran familia. Eso es lo que Dios realmente quería. Necesitaba crear algo como Él mismo.

## **PROYECTANDO LA IMAGEN DE DIOS**

Después de que Dios había llenado la tierra con todo tipo de plantas y animales, todavía le quedaba trabajo por hacer. Dios decidió crear nuevas criaturas “a Su imagen” y “a Su semejanza” (Génesis 1:27). Ellos serían Su familia terrenal.

La “imagen de Dios” es un concepto importante en la Biblia. Los seres humanos fueron creados para ser como Dios. Piensa en la “imagen” de Dios como un verbo, y estarás en el camino correcto para entender la idea. Fuimos creados *para proyectar la imagen* de Dios, para ser *los que reflejan Su imagen*; para representarle.

¿Qué significa proyectar la imagen de Dios? Génesis 1:27-28 nos da la respuesta:

*Así creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y Dios los bendijo. Y*

*Dios les dijo: “Sean fructíferos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla, y tengan dominio sobre los peces del mar y sobre las aves de los cielos y sobre cada cosa viviente que se mueve en la tierra.”*

Dios pudo haber cuidado de Su mundo muy bien. Él es Dios. Nada está más allá de Su capacidad. Pero en cambio Dios creó una familia terrenal. Sus hijos asumirían Su papel en la gestión y el mantenimiento de Su creación. Serían suplentes y socios. Proyectar la imagen de Dios significa ser la representación de Dios en la tierra. Dios encargó una tarea a los humanos, que hicieran un trabajo que Él mismo podía haber hecho solo. Pero Él quería que sus hijos participaran. El *negocio* de Dios sería un *negocio* familiar. El Edén no era simplemente el hogar de Dios; era la oficina de la casa de Dios. Fuimos creados para ser colaboradores con Dios.

Dios se aseguró de que las personas que Él hizo pudieran hacer el trabajo de proyectar Su imagen en la tierra. Compartió Sus atributos -sus cualidades y habilidades- con ellos; cosas como la inteligencia y la creatividad. La Biblia nos dice que los humanos son una versión menor de lo que Dios es. Nos hizo ser como Él para que pudiéramos participar con Él como gobernantes y guardianes con Él en Su nuevo mundo.

Proyectar la imagen de Dios es un concepto importante por varias razones. Nos da a cada uno de nosotros una identidad segura y profunda. El deseo original de Dios era que cada ser humano fuera Su hijo y compañero. Así es como Dios mira a la gente. También es como deberíamos pensar en las personas. Dios quiere que cada uno de nosotros considere a cada persona como un hermano. Todos tenemos el mismo estatus de portadores de la imagen de Dios y el que Él quiere en Su familia. El racismo, la violencia, la manipulación y la coerción no formaban parte del diseño de Dios para la humanidad. Son el mal resultado de la rebelión y el pecado. Dios odia lo que el pecado ha hecho a las personas *que Él ama*. Eso es algo que debemos recordar cuando pensamos en nuestros propios fracasos morales y en los de otros.

Proyectar la imagen de Dios también nos da un propósito. Tenemos una misión. Todas las personas, sin importar cuán

pequeñas o débiles o de corta vida, tienen algún papel que desempeñar en la vida de otra persona. Cada tarea que ponemos en nuestra mente para honrar a Dios y nuestros compañeros portadores de la imagen, se convierte en un llamado *espiritual*. En la mente de Dios, el papel de un pastor, ministro o sacerdote no es superior a algún otro llamamiento. La forma en que vivimos, o bendice a los demás, al recordarles cómo debe ser la vida y la armonía con Dios, o los maldice. Lo que hacemos importa -y la mayor parte del tiempo en pequeñas formas, poco espectaculares-.

Todo esto es por lo que respondí a mi pregunta inicial de la forma en que lo hice. ¿Qué quiere Dios? Él te quiere. Él quiere una familia, Él quiere compañeros de trabajo. Quiere que sepas quién eres y por qué tu vida tiene valor para Él.

Pero esto es sólo el comienzo. Hay mucho más en la historia.

La vida en nuestro mundo -y tal vez incluso en nuestra propia casa- no se ajusta a la visión de Dios. Algo sucedió que lo arruinó todo. La angustia sería tan grande que Dios *casi* decidió renunciar a la humanidad.

## CAPÍTULO DOS

### DIOS AÚN QUERÍA UNA FAMILIA

**E**n el último capítulo señalé que Dios equipó a las personas para que lo representaran en la tierra. Lo hizo compartiendo Sus atributos -Sus cualidades y habilidades- con ellos. Con lo maravilloso que eso fue -y es-, ahí es donde las cosas se ponen interesantes -y atemorizantes-. Una de las cualidades de Dios es la libertad -lo que a menudo llamamos libre albedrío-. Si alguna vez te has preguntado por qué hay maldad en el mundo, aquí está la respuesta de la Biblia.

#### REBELIÓN # 1

Cuando Dios tomó la decisión de compartir sus atributos con sus hijos, supo lo que significaba. Dios lo sabe todo, así que entendió claramente lo que sucedería. Dios había tomado la misma decisión antes con la familia celestial que Él había creado. Tienen habilidades como la inteligencia y la libertad también. Ellos obtuvieron esos dones de su Creador.

Tarde o temprano, Dios ya sabía que sus dones serían mal utilizados o abusados. Sabía muy bien que, aunque sus hijos -en el mundo espiritual y en la tierra- eran como Él, *ellos no eran Él*. Eran *menos* que Él. Eran imperfectos, mientras que Él es perfecto. En algún momento, uno -o más- de sus hijos cometería un error horrible o actuaría con un interés propio irreflexivo, rebelándose contra algo que Dios quería que se hiciera -o no se hiciera-.

Eso es precisamente lo que sucedió en el Jardín del Edén. Adán y Eva se rebelaron. Violaron el mandato de Dios de no comer de uno de los árboles en el jardín. Ellos pecaron y perdieron la vida eterna en la presencia de Dios. Cada humano nacido a partir de entonces nació fuera del Edén, alejado de Dios.

El apóstol Pablo lo resumió bien: “La paga del pecado es la muerte” (Rom. 6:23).

Esa tragedia fue provocada por una rebelión anterior aún. Uno de los hijos sobrenaturales de Dios decidió deshonrar la decisión de Dios de tener una familia humana al tentar a Eva, esperando que Dios la destruyera a ella y a Adán. Vino a Eva en la forma de una serpiente (Gén. 3:1-7). La Biblia se refiere a la serpiente como Satanás y el Diablo (Ap. 12:9). Él logró que Eva pecara, pero fracasó a la hora de deshacerse de la humanidad de manera permanente.

Hay algunas verdades profundas aquí, la primera de las cuales responde a una pregunta que todos hacen en algún momento de la vida: ¿Por qué hay maldad en el mundo? La maldad existe en el mundo porque Dios decidió que quería crear seres como Él. No quiero decir que Dios tenga un lado malo. Más bien, quiero decir que Dios rechazó la idea de crear humanos como robots o computadoras programadas hechas de carne.

Ese último punto es importante. Nuestra semejanza con Él tenía que ser auténtica. Sin la genuina libertad de tomar decisiones reales, simplemente no seríamos como Dios. Dios no es un robot, y fuimos hechos para ser como Él. Sin un libre albedrío genuino, no podemos amar a Dios auténticamente ni obedecerle. Si las decisiones están pre-programadas, no son realmente decisiones. Para que las decisiones, como el amor y la obediencia sean auténticas, deben contraponerse a una alternativa verdaderamente posible.

El resultado de todo esto es que la maldad existe porque las personas abusan del maravilloso regalo de la libertad de Dios y lo utilizan para su propia gratificación, la venganza y el espejismo de la autonomía. Este abuso comenzó en el Edén.

Pero Dios no fue tomado sorpresivamente. Él había anticipado el mal. Él previó lo que sucedería y lo planeó todo de acuerdo. Dios no destruyó a sus hijos humanos por la rebelión. En cambio, Él los perdonaría y los redimiría. La Biblia deja claro que Dios anticipó lo que vendría, con un plan de perdón y salvación establecido aun antes de que sucediera la rebelión -desde antes de “la fundación del mundo”, para ser precisos- (Ef. 1:4; Heb. 9:26-10:7; 1 Pedro 1:20).

El plan de salvación, en última instancia, requeriría que Dios se convirtiera en un hombre. Ya llegaremos a esa parte de la historia dentro de poco. Pero mucho antes de ese evento culminante, había un precio que pagar por lo que sucedió en Edén. Dios desterró a Adán y Eva -y, por lo tanto, a sus descendientes- de Su presencia. Edén ya no existía. En lugar de la vida eterna con Dios, el padre de ellos, la humanidad ahora esperaría la muerte (Rom. 5:12). Eso es lo que la separación de la fuente de la vida –Dios- costaría como consecuencia. En efecto, Dios expulsó a sus hijos de Su casa. Pero ese fue un fin mejor que el que la serpiente había deseado -la destrucción humana-. Dios no estaba renunciando a Su plan de tener una familia humana, pero la rebelión tenía un costo. Dios también castigó a Satanás. Habiendo traído la muerte al mundo de Dios, él se convirtió en el señor del reino de la muerte, lo que más tarde se conocería como el infierno.

## SIN PLAN DE CONTINGENCIA

Quizás te preguntes en este momento por qué Dios *no se limitó* a desechar todo el plan de tener una familia humana. Después de todo, Dios permitió el libre albedrío, sabiendo que llevaría al pecado y miles de años de miseria humana en la forma de violencia, abandono, egoísmo y una gran cantidad de otras cosas terribles que los humanos son capaces de infligirse unos a otros. Quizás tu propio sufrimiento, o el sufrimiento que ves a tu alrededor te haga desear que Dios haya destruido todo.

Lo creas o no, Dios entiende ese sentimiento. Él ve los males que ves e infinitamente más. Así no era como Él quería las cosas. Pero, tú dices, *Él es Dios*. ¿No puede Él simplemente anular todo eso? No es tan simple. Piénsalo. Dios sólo puede eliminar el mal en nuestro mundo si elimina a todos los que hacen el mal. En otras palabras, Dios solo puede acabar con el mal si nos borra a todos. Todos pecamos (Romanos 3:10-12) y, como dice la Biblia, “estamos destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Así que claro, Dios *podría* hacer eso. Pero Él no lo hace. Él ama a la humanidad demasiado para que eso sea una opción.

Todo esto se reduce a una verdad asombrosa: Mientras Dios sabía las consecuencias que acarrearían crearnos como a Él, *el resultado era preferible a no tener una familia humana*. Dios ve el pecado y la miseria en nuestro mundo y conoce su causa. Eso le duele. Dios está tan resuelto por el amor hacia sus hijos humanos que no se apartará de su interés original. No hay un plan B. Sólo hay plan A. A pesar de prever la rebelión que vendría en Edén y todos los fracasos y pecados que seguirían –incluyendo los nuestros–, Dios todavía anhela una familia humana.

Lo que sucedió en el Edén fue sólo el comienzo de la historia. Dios había echado a Adán y Eva de su casa (Gén. 3:22-24). Maldijo a la serpiente (Gén. 3:14-15) y la arrojó lejos de Su presencia (Isaías 14:12-15; Ezequiel 28:16). El mensaje fue contundente y simple: la rebelión sería castigada. Pensarías que todos entenderían el mensaje. No así. Las cosas se pusieron aún peor.

## **REBELIÓN # 2**

Es posible que en algún lugar hayas escuchado decir que la Biblia enseña que el mundo tiene mucha maldad debido a la caída de la humanidad por el pecado en el Jardín del Edén. Eso es sólo medianamente cierto. Después de la tragedia de Edén, hubo dos episodios más que sumieron a la humanidad en las profundidades de la depravación y el caos.

El primero de estos se describe en Génesis 6:1-4, posiblemente uno de los incidentes más extraños en toda la Biblia. «Confía en mí, he escrito libros completos sobre esto». La historia trata sobre cómo algunos de los hijos sobrenaturales de Dios –los “hijos de Dios”– querían imitar a Dios al producir a sus propios hijos humanos para que proyectaran la imagen de *ellos mismos*. Decidieron usar mujeres humanas –las “hijas del hombre”– para ese propósito. Esto los convirtió en rivales ante Dios, su propio padre celestial. En lugar de ser felices con el deseo de Dios de que los humanos se convirtieran en miembros de Su familia, decidieron que querían ser señores de sus propios humanos. Eso no era lo que Dios tenía en mente. Dios quería una familia, no esclavos. Estos “ángeles que pecaron” (2 Pedro 2:4)

transgredieron el límite entre el cielo y la tierra. Ellos “no se mantuvieron dentro de los límites de autoridad que Dios les puso, sino que abandonaron el lugar al que pertenecían” (Judas 6). Como resultado, Dios los envió al infierno (2 Pedro 2:4-5; Judas 6), pero el daño ya estaba hecho y tuvo consecuencias desastrosas. Miremos los dos versículos que siguen al relato bíblico de esta rebelión:

5 El Señor vio la magnitud de la maldad humana en la tierra y que todo lo que la gente pensaba o imaginaba era siempre y totalmente malo. 6 Entonces el Señor lamentó haber creado al ser humano y haberlo puesto sobre la tierra. Se le partió el corazón. (Gén. 6:5-6)

Piensa en ello. *Todo lo que la gente pensaba o imaginaba era siempre y totalmente malo.* Dios lamentó haber hecho a la humanidad; esta idea lo *afligió*.

Esta es la definición misma de la depravación y el dolor que conlleva. La primera rebelión sobrenatural llevó a la humanidad a perder la vida eterna con Dios -que es lo suficientemente malo-. Esta rebelión llevó los efectos del pecado a otro nivel, acelerando la autodestrucción humana. Dios sintió una profunda contrición por el resultado de las cosas. La humanidad había sido dañada permanentemente.

La Biblia nos dice que Dios no podía ver otra solución sino enviar el diluvio para eliminar a la humanidad (Gén. 6:17). Es importante notar que la historia del diluvio nunca dice que Dios estaba enojado. Solo dice que estaba desconsolado por lo que estaba pasando. Dios había decidido dar libertad a los humanos. No podía quitárselas, ya que hacerlo significaría que ya no serían como Él -ya no serían verdaderamente humanos-. La única opción era comenzar de nuevo y poner fin a lo que habían causado los hijos rebeldes de Dios. Solamente un hombre es mencionado como justo a los ojos de Dios: Noé (Gén. 6:9). Al menos había uno. Dios haría uso de esto. Seguiría adelante con Su plan de tener una familia humana.

Dios le dijo a Noé que construyera un arca -una gran nave- para que él, su familia y abundancia de animales sobrevivieran.

Pero Dios todavía tenía la esperanza de que, a pesar de que la depravación humana se había vuelto tan profunda, sus hijos humanos podrían estar con Él. Favorablemente, le dio a Noé 120 años para prepararse para el diluvio (Gén. 6: 3) y decirle a la gente lo que iba a suceder para que pudieran abandonar su depravación y ser perdonados (2 Pedro 2:5).

Al final, la gente no escucharía. Ellos rechazaron la advertencia de la gracia de Dios. Una vez más, los hijos de Dios le dieron la espalda, eran libres para hacerlo. ¿Es de extrañar que el corazón de Dios estuviera tan quebrantado? Al menos estaba Noé y su familia. Después del diluvio, Dios repitió los mandamientos originales que le había dado a Adán y Eva (“Sé fructífero y multiplícate y llena la tierra”; Gén. 9:1). Dios estaba comenzando de nuevo con ellos. Hizo un pacto con Noé que se extendió a toda la humanidad (Gén. 9:8-17). Un pacto es una promesa o garantía. Este pacto fue unilateral; consistía en la promesa de Dios de nunca destruir a la humanidad (Gén. 9:11). Sorprendentemente, Dios todavía quería una familia humana.

No tan sorprendente -pero aun así bastante increíble- el abuso contra la bondad de Dios continuaría. Una tercera rebelión siguió al diluvio. Esta enmarcaría el resto de la historia bíblica y mostraría, nuevamente, la paciencia y el amor inescrutables de Dios.

### REBELIÓN # 3

Como las historias de Adán y Eva y el diluvio de Noé, es posible que hayas oído hablar de la Torre de Babel. De no ser así, no te preocupes, porque incluso la mayoría de los que van a la iglesia ni se dan cuenta de lo que *realmente* sucedió allí.

La historia de la Torre de Babel se encuentra en Gén. 11:1-9. Después del diluvio, Dios quiso que los descendientes de Noé se multiplicaran y extendieran sobre la tierra. Al igual que Adán y Eva, debían ser colaboradores de Dios para mantener la creación. En lugar de hacer eso, se reunieron en un lugar llamado Babel y construyeron una torre para su propia gloria (Gén. 11:1-4).

Esa es la versión familiar de la historia, pero su significado real se encuentra en dos versículos desconocidos en otro libro bíblico. Aquí están:

*Cuando el Altísimo dio a las naciones su herencia, cuando dividió a la humanidad, fijó las fronteras de los pueblos según el número de los hijos de Dios. Pero la porción del Señor es su pueblo, Jacob su herencia asignada. (Deut. 32: 8-9)*

Estos dos versículos nos dicen que uno de los juicios en la Torre de Babel fue la división de la humanidad. Hasta este punto de la historia, Dios estaba tratando con la humanidad como un todo colectivo. Eso cambió en Babel. Los seres humanos serían segregados por el lenguaje y la geografía.

Peor aún, Dios mismo se divorció de la humanidad. Harto por el desafío humano a Su voluntad, Dios asignó a las naciones de la tierra a otros miembros de Su familia sobrenatural -los hijos de Dios-.

Este era un grupo diferente a los que se rebelaron antes del diluvio. Dios no podía echar a la humanidad de su casa. Ya lo había hecho en el Edén. Él había prometido no destruir a la humanidad después del diluvio (Gén. 9:11), por lo que no se repetiría ese desastre. Entonces, ¿qué otra cosa podría hacer? Él esencialmente dijo: “¡Basta ya! Si no quieres que sea tu Dios, te asignaré a algunos de mis ayudantes celestiales.”

La secuela de ese juicio tomó muchas formas. No se nos dice cuánto tiempo tardó, pero la Biblia sí dice que los hijos sobrenaturales de Dios asignados a las naciones hicieron un trabajo pésimo. Se hicieron tan corruptos (Sal. 82:1-5) que Dios también tuvo que juzgarlos. Un día les quitaría su inmortalidad y Él tomaría de nuevo a las naciones (Sal. 82:6-8). Respecto del tema que aquí nos ocupa, la frustración de Dios lo dejó sin hijos en términos de tener una familia humana. Él la había tenido. Él se había rendido. Bueno... no exactamente.

## **EL AMOR PERSISTENTE DE DIOS**

¿Qué pasó justo después de la catástrofe de la Torre de Babel? Dios se le apareció a Abraham -originalmente llamado Abram-, un anciano casado con una mujer, Sarah -originalmente llamada Sarai-, que estaba pasada de la edad para tener hijos. Dios hizo un pacto con Abraham. Le prometió al anciano y a su esposa que tendrían un hijo. Dios haría un milagro. Su hijo sería el comienzo de una nueva familia para Dios en la tierra (Gén. 12:1-9; 15:1-6; 18:1-15).

Habiendo asignado a la humanidad a la supervisión de los miembros de Su hueste celestial, Dios quiso comenzar de nuevo con una familia suya propia, con Abraham. Abraham creyó las promesas de Dios (Gén. 15:6). Él no tenía que ganarse el interés o el favor de Dios. Fue *Dios* quien eligió a Abraham para comenzar de nuevo. La relación entre Dios y Abraham comenzó con Dios. Abraham creyó.

Después, la relación de alianza que comenzó con el llamado de Dios y la fe de Abraham fue conmemorada con la señal física de la circuncisión (Gén. 17:1-14; Rom. 4:1-12). Toda la familia de Abraham siguió su ejemplo (Gén. 17:23). Llevar esta señal marcó a los descendientes de Abraham como las personas que Dios quería en Su familia. La circuncisión también sería una señal para las mujeres del linaje de Abraham. Ya que se casarían sólo dentro de los confines de sus tribus, a ellas se les recordaría cómo su gente había sido creada sobrenaturalmente a partir de Abraham y Sarah cuando decidieron tener sus propios hijos.

Es importante darse cuenta de que el pacto de Dios con Abraham se basó en la creencia en las promesas de Dios -la fe-. Dios no se acercó a Abraham porque había encontrado a un hombre que era un buen cumplidor de las reglas. La salvación no se basa en el comportamiento. No podemos ganar nuestra salvación. Si ese fuera el caso, entonces Dios estaría en deuda con nosotros en virtud de nuestro desempeño. Él nos *debería* algo en respuesta a nuestros logros. Piensa en lo absurdo que eso suena. Más bien, Abraham y sus descendientes demostraron su creencia en las promesas de Dios al observar la señal del pacto. Era una forma externa para mostrar dónde se hallaba la lealtad de ellos.

El apóstol Pablo usó a Abraham como un ejemplo de lealtad creyente (Rom. 4:1-12). Abraham creyó y fue aceptado por Dios *antes de* obedecer cualquier regla. Las reglas eran para mostrar que él creía. No reemplazaron la creencia. La creencia –fe- era la única cosa esencial. La lealtad a esa creencia -a ese Dios- es algo de lo que hablaremos más adelante. Hoy lo llamamos discipulado. La creencia y la lealtad son dos cosas distintas. Están relacionadas, pero no son términos intercambiables. Lo mismo ocurre con la salvación y el discipulado.

Prometer a Abraham un hijo -y a través de él, el comienzo de una nueva familia que se convertiría en una gran nación- fue el segundo pacto de Dios después del desastre del Edén. El primero había sido con Noé. Ambos fueron diseñados para preservar su objetivo de tener una familia humana. Pero estos pactos no fueron sólo para que Dios no se rindiera. También trataban de extender la oferta de vida eterna a las personas. Dios no había renunciado a la humanidad. No podía dejar de amar a la gente. Dios todavía quería una familia humana.

Dios mantuvo Su promesa a Abraham. Él y Sarah sí tuvieron un hijo (Isaac; Gén. 17:19-21; 21:1-7). La familia existente de Abraham sería conocida como “Israel,” el nombre más utilizado en el Antiguo Testamento para denominar la familia humana de Dios (Gén. 32:28; Deut. 32:9; Isa. 44:1). Pero, ¿qué pasa con la gente de las otras naciones, las que Dios había asignado a los hijos de Dios después de la rebelión de la Torre de Babel? Se les llama “gentiles” en la Biblia, un término corto que significa “no de Israel.” Y a pesar de lo que sucedió en Babel, Dios no se olvidó de esas personas.

¡No solamente Dios volvería a empezar una vez más con un nuevo pueblo –Israel-, sino que le dijo a Abraham que algún día sus descendientes serían una bendición para las otras naciones que Dios había abandonado! (Gén. 12:3). Muchos años después, Jesús, que era de la familia de Abraham, sería el descendiente particular que traería a todas las naciones del mundo de regreso a Dios (Gál 3:16-18; 26-29). Antes de que Jesús llegara a la escena, los gentiles podrían unirse a la familia de Dios eligiendo rechazar a todos los demás dioses, creyendo en Él y tomando la señal del pacto de Dios.

Pasó mucho tiempo entre la época de Abraham y Jesús. La propia historia de Israel como “la porción del Señor” (Deut. 32:9) no fue linda. Eran el pueblo de Dios pero, lamentablemente, quizás de manera predecible, su lealtad fracasó. La hora más oscura aún estaba por llegar.

## **CAPÍTULO TRES**

### **DIOS FUE TRAICIONADO POR SU FAMILIA**

**L**a historia del Israel bíblico fue un largo y serpenteante asunto lleno de triunfo y tragedia. Dios no estaba sorprendido. Él sabía qué esperar de la gente. Siempre había sabido con quién estaba tratando.

#### **DESGASTANDO TU BIENVENIDA**

Dios le hizo saber a Abraham que el futuro de sus descendientes iba a ser difícil. Fue honesto. Le dijo a Abraham: “Ten por seguro que tus descendientes serán extranjeros en una tierra ajena, donde los oprimirán como esclavos durante cuatrocientos años” (Gén. 15:13, NTV). Esas eran las malas noticias. Dios proporcionó cierta esperanza: “Pero traeré juicio sobre la nación a la que sirven, y después saldrán con grandes posesiones” (Gén. 15:14).

Por supuesto, los descendientes de Abraham, ahora dirigidos por su nieto Jacob, cuyo nombre Dios cambió a “Israel,” finalmente terminaron en Egipto bajo el yugo de Faraón (Éx. 1). Habían ido allí con la aprobación de Dios para evitar una hambruna (Gén. 45:5-11). Donde se equivocaron fue en que no regresaron a la tierra que Dios les había dado después de la hambruna. Se quedaron demasiado tiempo en Egipto.

Mientras que estuvieron en Egipto, la nación israelita creció numéricamente, tanto que el faraón se volvió paranoico sobre la permanencia de su mandado en el país (Éx. 1:8-10). Los sometió a trabajos forzados y exterminó a los varones recién nacidos (Éx. 1: 14-16). Pero Dios intervino y los hizo aún más fuertes (Éx. 1:8-21).

A todas estas, Israel pasó cuatro siglos en Egipto bajo severas condiciones. Eventualmente Dios intervino y preservó la vida de

un bebé varón llamado Moisés. Dios arregló las circunstancias para que el bebé fuera criado en la propia casa de Faraón, justo bajo sus narices (Éx. 2:1-10).

Moisés llevó una vida privilegiada, pero un día cometió un delito capital, asesinando a un hombre en una pelea, que comenzó al defender a un israelita desprotegido. Huyó de Egipto para escapar de la justicia.

Moisés encontró una nueva vida en un lugar desértico llamado Madián. Dios lo encontró en el Monte Sinaí en una zarza ardiendo, un encuentro que cambiaría la historia de su pueblo y el mundo (Éx. 3:1-15). Dios envió a Moisés de vuelta a Egipto para enfrentar al Faraón. Debía exigir la liberación del pueblo de Dios. Dios prometió proteger a Moisés y darle poder (Éx. 3:16-22).

El resto de la historia es una de las más famosas del mundo. Incluso si nunca has leído la Biblia, es probable que hayas oído hablar de ella o hayas visto alguna de las películas al respecto. Dios envió plagas contra Egipto y sus dioses cuando el Faraón se negó a dejar ir a los israelitas (Éx. 7-12). Dios usó a Moisés para forzar la liberación de multitud de israelitas de la esclavitud egipcia. Él dividió el Mar Rojo para salvarlos cuando los egipcios decidieron perseguirlos en el desierto para matarlos (Éx. 13:17 hasta Éxodo 14). El cruce del Mar Rojo es, siempre, el milagro más espectacular de la Biblia. Pero no fue un entretenimiento. Se trataba de preservar a un pueblo. Dios quería a Su familia.

## LEY Y LEALTAD

Finalmente, Dios llevó a Su pueblo al lugar donde originalmente había hablado con Moisés. Allí dio a los israelitas sus leyes -los diez Mandamientos-. Hizo un pacto con ellos. Vale darse cuenta de que Israel ya era el pueblo de Dios antes de que se dieran los Diez Mandamientos. Dios se había referido al pueblo como Su familia cuando Moisés se enfrentó a Faraón (Éx. 3:7, 10; 4:23; 5:1; 6:7; 7:4). Las leyes no pretendían *ganar* un lugar en la familia de Dios. Los israelitas *ya* eran la familia de Dios.

Tenemos que aclarar esta distinción. Es bastante importante. En lugar de ganar un lugar en la familia de Dios, Dios le dio leyes

a Su pueblo para que le demostraran si *querían estar en la familia*. Las leyes de Dios consistían en mostrarle a Dios que no iban a ser desleales y alinearse con algún otro dios. Ser creyentes leales permitiría a Dios usar a los israelitas para ministrar a todas las demás naciones como un “real sacerdocio” (Éx. 19:5-6). Dios quería a la humanidad en Su familia. Empezaba con un grupo: Israel. Si eran creyentes leales, serían una bendición para todas las demás naciones (Gén. 12:3).

Hay un ángulo más para entender este pacto. Las leyes de Dios tampoco trataban de ser lo suficientemente buenas como para hacer que Dios los amara. Dios ya amaba a Israel (Deut. 7:7-8). Él había habilitado sobrenaturalmente a los ancianos Abraham y Sarah para que tuvieran un hijo por medio de quien, a su tiempo, Israel llegaría. Tener una familia era el punto central. Dios no creó una lista de reglas para que calificaran como familia. *Ellos Eran* Su familia. Las leyes de Dios fueron diseñadas para ayudar a sus hijos a evitar a otros dioses y vivir vidas felices y pacíficas entre ellos, no para mejorar la disposición de Dios hacia ellos.

Fiel a su fórmula, Dios no descartaría el libre albedrío de ellos. Él solamente pidió que ellos creyeran en Él -quién era Él, y que los había creado por amor- y que abandonaran a todos los otros dioses. Cualquier miembro de Israel podría abandonar el amor de Dios si quería. Podrían elegir no creer. Podrían elegir adorar a algún otro dios. Como veremos, muchos lo hicieron.

Una vez que los israelitas dejaron el Monte Sinaí -donde Dios les dio la ley-, Dios los guio, en la forma de un hombre -un Ángel-, a la Tierra Prometida (Éx. 23:20-23; Jueces 2:1). En el camino, la gente se quejaba constantemente de no tener suficiente comida y agua. Dios suplía (Éx. 15:22-27; 16:1-30). Tuvieron que luchar por sus vidas contra enemigos letales en la tierra. Dios los salvó de la destrucción (Deut. 2-3; Josué 11-12; Sal. 136:10-24; Hechos 13:19).

## **EL DESCENSO EN ESPIRAL**

Pensarías que después de que Dios trajo a Israel a la tierra, los israelitas habrían sentido un amor abrumador por Dios -que su

lealtad creyente estaría en un punto culminante-. Ni tanto así. En lugar de eso decidieron que la coexistencia con el mal podría funcionar. Se negaron a expulsar de la tierra a los ídólatras - personas que adoraban a otros dioses por medio de ídolos-. Es como si los israelitas no supieran nada del pasado, cómo la rebelión trae consigo el desastre. Su deslealtad y falta de amor por Dios llevaron a esta escena desmoralizadora:

*Entonces el Ángel del Señor subió de Gilgal a Boquim. Y Él dijo: “Te traje desde Egipto y te traje a la tierra que juré dar a tus padres. Yo dije: “Nunca romperé mi pacto contigo, y no harás pacto con los habitantes de esta tierra; derribarás sus altares”. Pero no has obedecido mi voz. ¿Qué es esto que has hecho? Así que ahora digo, no los expulsaré de delante de ti, sino que se convertirán en espinas en tus costados, y sus dioses serán una trampa para ti.” (Juec. 2:1-3)*

Dios tuvo que juzgar a su pueblo... otra vez. Básicamente dijo: “Me voy de aquí. Veremos cómo te va por tu cuenta, ya que no me quieres.” Lo hemos visto antes. Y, como también hemos visto antes, al pueblo de Dios le fue muy mal, por cuanto su Dios no estaba presente entre ellos. Y como estamos repasando la historia, la respuesta de Dios también parece familiar -siguió regresando a Israel para sacarlos de problemas-. Todos conocemos gente como esa. Quizás tú seas uno de ellos. Te aferras a ayudar a alguien por amor, incluso hasta el punto de que parece irracional. Y si piensas en lo que Dios estaba haciendo, parece una locura. Pero Dios quiere una familia humana aun cuando Él no es deseado. Su amor desafía la lógica. Todo el libro bíblico de Jueces, del cual se citó la escena anterior, trata sobre un ciclo aparentemente interminable de rebelión espiritual, el sufrimiento que conlleva, pedir ayuda a Dios y Dios regresando en amor. Ese ciclo persistió durante algunos siglos. Alcanzó un punto culminante cuando el pueblo dentro de la nación de Israel exigió que Samuel, un sacerdote y profeta, ungiera a un rey para gobernarlos.

No nos sorprende que la elección del pueblo por un rey –Saúl- fuera un desastre absoluto. Sabes que las cosas no van a ir bien -o

deberías saberlo- cuando eliges a un rey que tiene que ser arrastrado fuera de la clandestinidad para aceptar el trabajo (1 Sam. 10:22). Finalmente, Dios eligió a David para reemplazar a Saúl. David era un desastre moral, pero era mejor que Saúl. Él nunca mostró deslealtad o falta de amor por Dios. Rompió varias leyes morales de Dios, pero se arrepintió y nunca adoró a otro dios. Por esa razón, Dios hizo una promesa de pacto con David que decía que sólo sus hijos podían ser gobernantes legítimos de Israel. Este pacto fue crear una dinastía para David. Dios sólo consideraría a uno de sus descendientes como el rey legítimo. Tristemente, el resto de la historia de Israel, en la historia de la Biblia, incluía a muchos hombres que tenían el linaje debido pero que de otra manera no serían aptos para ser reyes. Dios tuvo que eliminar a muchos de los descendientes de David porque eran desleales a Él, al elegir seguir a otros dioses. Se suponía que un descendiente de David que heredaba el trono amaba a Dios y tenía la historia familiar acertada. Esta es la razón por la cual se suponía que cada rey debía tener una copia de las leyes de Dios con él (Deut. 17:18; 2 Rey 11:12). Debía ser el ejemplo más excelente de un creyente leal.

El hijo de David, Salomón, fue el rey más grande en la historia de Israel -si acaso las posesiones de la tierra y la riqueza son las pruebas de fuego-. Lamentablemente, su lealtad creyente en el verdadero Dios vaciló. Sacrificó a otros dioses y tuvo una serie de matrimonios políticos que llevaron a Israel a la adoración de otros dioses (1 Rey. 11:1-8). En otras palabras, Salomón comenzó un ciclo de afectación espiritual y rebelión que llevó a la ruina nacional.

## **LA TRAICIÓN FINAL**

Después de la muerte de Salomón, diez de las doce tribus se rebelaron contra su sucesor (1 Rey. 11:41; 12:24). El reino de Israel estaba dividido en dos partes por tribus y geografía. La familia de Dios era ahora un hogar quebrantado, por así decirlo. Es muy triste que muchos reyes, durante el período que siguió, nunca llegaron a ver una copia de las leyes de Dios (2 Rey. 22:8-13). El norte de la nación dividida -las diez tribus que se

rebelaron políticamente- se sumió de inmediato en una rebelión espiritual (1 Rey. 12:25-33). En lugar de mostrar lealtad creyente a Dios que les había dado la tierra y sobrenaturalmente los trajo a la existencia, la mayoría de Israel traicionó a Dios. Esta es la razón por la cual los profetas que vagaban por el campo predicando durante ese tiempo compararon la rebelión espiritual con “hacer el papel de la ramera” y el adulterio espiritual. Era una analogía gráfica. El sur del país -dos tribus- entró en rebelión espiritual más lentamente. Pero el pecado gradual sigue siendo pecado.

Abandonar a Dios nunca resulta en bien. Como dice la Biblia en un lugar, “y *sabed que vuestro pecado os alcanzará.*” (Núm. 32:23). Como lo había hecho en otras ocasiones, Dios dejó que su pueblo ejerciera su libertad y pagara las consecuencias. En 722 a.C. el norte de la nación finalmente fue invadido por un pueblo al que me gusta llamar los *Klingons* del Antiguo Testamento -los asirios-. Si el *Señor de los Anillos* es más familiar para usted que *Star Trek*, piense en los asirios como las hordas de *Mordor*.

Me gustan las analogías porque los asirios tenían una merecida reputación de crueldad. Dispersaron a las diez tribus en todo el mundo antiguo, separando familias y robándoles todo lo que tenían. Las dos tribus restantes del sur de la nación fueron conquistadas por los babilonios poco más de cien años después (586 a.C.). Miles de israelitas fueron exiliados por la fuerza a Babilonia.

Seamos honestos. Si Dios se hubiera olvidado de Su pueblo en este punto, lo entenderíamos. Se habían rebelado una y otra vez durante más de mil años desde la época de Abraham. Es difícil no llegar a la conclusión de que recibieron lo que merecían. Pero no es así como trabaja Dios. En lugar de limitarse a dejarlos, Dios decidió que *todavía* quería una familia humana. Pero recuperar a Su pueblo -y al resto de la humanidad-, hacer volver a Su familia, requería de un cambio de tácticas. Dios había hecho una serie de pactos con su pueblo. Pero las personas son, obviamente, meros humanos. Ellos fallan... *mucho* y con regularidad predecible. El resto de la humanidad había sido asignada a seres sobrenaturales (los “Hijos de Dios;” Deut. 32:8) que ya se habían convertido en

adversarios de su creador, el Dios de Israel. Las cosas estaban complicadas.

Dios tenía una solución bipartita para todo esto. Cuando los últimos hijos de la familia de Dios estaban al borde del exilio, Dios hizo que dos profetas -Jeremías y Ezequiel- les dijeran a las personas que no estaban completamente olvidados. Dios haría un “nuevo pacto” con sus hijos, uno marcado por la venida de su Espíritu (Jeremías 31:31-34; Ezequiel 36:22-28). Se avecinaba un nuevo día.

Pero el “nuevo día que vendrá” no abordó la cuestión de cómo Dios podía honrar los pactos anteriores sin desecharlos o modificarlos. Muchos israelitas rechazaron a Dios y adoraron a otros dioses. Ellos demostraron su desprecio por Él al romper sus leyes. Esto entristeció a Dios. Él quería cumplir sus promesas, pero muchos de sus hijos fueron seducidos a adorar a los dioses de otras naciones.

Esa fue la senda de la muerte. Recuerda, debido a lo que había sucedido en el Edén, todo ser humano estaba destinado a morir y a no tener vida eterna a menos que se volvieran al verdadero Dios y creyeran en Su amor y promesas. Demasiados israelitas olvidaron todo eso. No podían simplemente escoger y elegir a los dioses cada vez que tenían ganas de un bufé espiritual. Tenían que creer en el verdadero Dios y continuar creyendo.

La situación era especialmente problemática cuando se trataba de los reyes de Israel. Dios le había prometido a David que sus herederos heredarían su trono, pero muchos de ellos se apartaron de Él. Dios no podía ignorar esta falta de lealtad creyente. Tampoco podía simplemente desechar Su promesa. Eso sería como admitir que todo fue una mala idea -y el Dios omnisciente no puede tener una mala idea-.

Entonces, ¿cómo podría Dios cumplir sus promesas a un pueblo que lo había rechazado y que se había alejado de Él? Necesitaban nuevos corazones. Necesitaban Su presencia para guiarlos. Lo que se necesitaba era un descendiente de Abraham y de David, que pudiera ser el rey supremo y el portador perfecto de la Imagen de Dios. Ese descendiente también necesitaba destruir la maldición de la muerte en la raza humana. Pero ¿cómo

podría un simple humano conquistar la muerte? Él también tendría que ser Dios. ¿Cómo iba a funcionar todo eso?

No hay problema...

## CAPÍTULO CUATRO

### DIOS SE UNIÓ A SU FAMILIA HUMANA

**L**os cristianos saben *todo* acerca de la venida de Jesús. Saben que nació milagrosamente por María, una joven que era virgen (Mat. 1:18-25). La cultura, en sentido amplio, está familiarizada con la imagen del niño Jesús en el pesebre, especialmente en las decoraciones navideñas. Varios villancicos antiguos, que aún son populares, celebran cómo Jesús cumplió las profecías del Antiguo Testamento acerca del mesías.

### HAY MÁS EN JESÚS QUE LA CRUZ

Todo el enfoque se centra típicamente en que Jesús vino al mundo para morir en la cruz. Él sería el medio para alcanzar el perdón de nuestros pecados y, por lo tanto, nuestra entrada a la familia de Dios (Juan 3:16). En otras palabras, cuando la mayoría de los cristianos piensa en Jesús, tiene la cruz en mente. En eso se pierde algo.

El hecho de que Dios se hizo hombre en Jesús se pierde un poco en el enfoque de la cruz. La mayoría de los cristianos no se da cuenta de que era *necesario* que Dios se convirtiera en un hombre por muchas razones: para cumplir con todos los pactos del Antiguo Testamento y anular los resultados de las rebeliones sobrenaturales de las que hablamos anteriormente.

La esperanza de que los seres humanos todavía pudieran estar algún día con Dios para siempre se mantuvo viva, por Dios negarse a eliminar a la humanidad o desechar el plan. Él continuó regresando a la humanidad, ofreciéndoles perdón y una relación con Él. Dios quería que ellos creyeran y demostraran su creencia viviendo en armonía con Él y entre ellos. Pero los hijos de Dios

lo rechazaron a cada paso. Es como si cada vez que Dios decía “Todavía puedes estar conmigo -cree eso y luego muéstrame dónde está tu corazón-,” el problema empeoraba. La Biblia usa la analogía de ovejas errantes sin pastor para describir esa inclinación (Isa. 53:6; Mat. 9:36). Ese es el quid del asunto.

Como señalé al final del capítulo anterior, los hijos de Dios necesitaban nuevos corazones y la presencia de Dios para ayudarlos a creer. Necesitaban un medio para salvarse de sí mismos y del destino que excluía la vida eterna con el Dios que los amaba. Debía haber alguna manera para que Dios cumpliera las promesas de Su pacto, revirtiera la maldición de la muerte y ayudara a Su pueblo a continuar en la fe.

La solución de Dios a estos problemas fue radical. Tenía que *convertirse en un hombre*. Tuvo que unirse a la raza humana. *Aquí es donde Jesús entra en la historia*. Jesús fue Dios hecho hombre (Juan 1:1, 14-15; Col. 1:15-20; 2:6-9). Fue la solución a cada uno de estos obstáculos.

Sólo muriendo en nombre de toda la humanidad podría revertirse la maldición de la muerte sobre la humanidad. Eso significaba que a una muerte así debía seguir una resurrección, algo que solamente Dios podía lograr. *Jesús fue la solución para lo que sucedió en el Edén*.

¿Recuerdas el pacto de Dios con Abraham? Dios había intervenido sobrenaturalmente para permitir que Abraham y Sarah tuvieran un hijo. Ese fue el comienzo de la nación de Israel. Dios le dijo a Abraham que uno de sus descendientes bendeciría a las naciones que Dios había abandonado en Babel. Pero, ¿cómo podría un simple hombre hacer eso? Sólo Dios mismo podría ser el descendiente leal de Abraham que cumpliera la promesa de ese pacto de bendecir a las naciones fuera de Israel. *Jesús fue el descendiente de Abraham* (Mateo 1:1; Lucas 3:34). Él era la descendencia prometida que liberaría a las personas en las naciones divorciadas -“gentiles”- de otros dioses para que pudieran reunirse a la familia de Dios (Gálatas 3:16-18; 26-29). *Jesús fue la solución para cumplir el pacto con Abraham*.

Jesús también era descendiente de David, por lo que era el rey legítimo (Mat. 1:1; Luc. 1:32; Rom. 1:3). *Jesús fue la solución para cumplir el pacto con David*. Él tenía la procedencia exacta y

era perfectamente leal a Dios. Él nunca desobedeció a Dios. Él nunca cometió pecado alguno (2 Cor. 5:21; Heb. 4:15; 1º Pedro 2:22). El hecho de que nunca pecó también significaba que era el ejemplo perfecto del propósito de la ley de Dios y el pacto hecho en Sinaí. Jesús fue el portador de la imagen de Dios por excelencia (2 Cor. 4:4; Col. 1:15). Él es el ejemplo de cómo proyectar la imagen de Dios; Dios quiere que nos ajustemos al ejemplo de Jesús (2 Cor. 3:18; Col. 3:10). Como veremos más adelante, eso también es lo que significa ser un discípulo (1 Pedro 2:21).

Dios convirtiéndose en un hombre es una idea difícil de asimilar. Dios podría hacerse hombre porque Él es más de una persona. Dios es tres personas que son completamente iguales en Su naturaleza. La Biblia usa los términos “Padre,” “Hijo” y “Espíritu Santo” para distinguir a estas tres personas. A ese calificativo los cristianos lo llaman la Trinidad. “Dios el Hijo” se hizo hombre como Jesús (Juan 1:1, 14-15). Los teólogos lo llaman la *encarnación*, un término que significa que Dios viene “en la carne.” Jesús sería el único ser humano en el que Dios el Padre podría confiar para el cumplimiento de los pactos.

Tal vez recuerdes que mencioné anteriormente que Dios sabía “desde antes de la fundación del mundo” que enviaría al Hijo, Jesús, para que la gente volviera a Su familia (Ef. 1:1-14; 1 Pedro 1:20). Lo sorprendente es que el Hijo estaba dispuesto a hacerse hombre, ser torturado y morir para que Dios pudiera tener una familia humana. Aquí vemos cómo una sección del Nuevo Testamento describe la conversación:

*Cuando Cristo vino al mundo, dijo [a Dios Padre], “Sacrificios y ofrendas que no has deseado, pero un cuerpo me has preparado... He aquí, he venido a hacer tu voluntad, oh Dios, como está escrito de mí en el rollo del libro” (Heb. 10:5,7).*

Es bueno que Dios el Hijo estuviera dispuesto a nacer como Jesús. Los pactos no sólo estaban en riesgo, sino que también estaba en juego la superación de toda la miseria causada por las rebeliones sobrenaturales. Necesitamos entender que esas

rebeliones exigían que Dios se convirtiera en un hombre -porque Dios, uniéndose a Su familia humana, preparó el escenario para la venida del Espíritu-.

## **REPARANDO ALGO MÁS QUE LA CAÍDA**

Debido a que Dios se hizo hombre en Jesús, Él pudo morir. Eso era importante porque la muerte sólo podía ser derrotada por la resurrección. No puedes tener resurrección sin una muerte previa. Como Jesús también es Dios, Él tiene el poder de volver a la vida (Juan 10:17-18). Dado que la muerte de Jesús era el plan de Dios, Dios sabía desde antes de la fundación del mundo que Él resucitaría a Jesús de los muertos (Hechos 2:23-24, 32; 3:15; 10:40; Gálatas 1:1).

Debido a la resurrección, la distancia que nos separaba de Dios fue zanjada. La muerte fue superada. Esos fueron los efectos de la rebelión en el Edén. Los problemas de Adán y Eva, causados por la tentación de la serpiente (Satanás), se resolvieron. Todos los que creen que la muerte y la resurrección de Jesús proporcionaron el perdón del pecado y la vida eterna estarán en la familia de Dios para siempre (Rom. 4:16-25; 8:10-11; 10:9-10; 1 Cor. 6:14).

Una vez que Jesús se levantó de entre los muertos, tuvo que regresar (“ascender”) al cielo. Jesús ascendió al cielo y tomó su trono junto a Dios Padre (Marcos 16:19; Juan 20:17; Col. 3:1; Heb. 12:2). Este fue el precedente que permitiría enviar al Espíritu Santo, que habitaría en los creyentes (Hch. 2:33; Rom. 8:9-11). Jesús tuvo que irse para que el Espíritu pudiera venir (Juan 14:25-26; 15:26; 16: 7; Luc. 24:49).

La venida del Espíritu fue el cumplimiento del nuevo pacto descrito por Jeremías y Ezequiel (Jer. 31:31-34; Ez. 36:22-28). Sería el Espíritu el que proporcionaría la victoria sobre la depravación (Gal. 5:16-17), y cuyas obras serían “más grandes” que las de Jesús (Juan 14:12). Jesús sabía que Su muerte y resurrección eran claves para que el nuevo pacto se cumpliera. Por esta razón, en la última cena, Jesús le dijo a los discípulos que Su sangre era “la sangre del pacto” derramada por ellos (Mat. 26:28; Mar. 14:24; Luc. 22:20). Una vez que Jesús ascendió al

cielo y el Espíritu descendió a la tierra, ya la humanidad no estaba indefensa contra la depravación.

La conclusión es que para que Dios depurara los problemas de tener una familia humana -los perpetuos fracasos y rebeliones- Él tenía que convertirse en hombre y cumplir todos los términos de los pactos.

Piensa en mi pregunta original en este libro: ¿Qué quiere Dios? Él te *quiere*. Y envió a su Hijo único a la tierra como Jesús para solucionar el problema de la muerte y el pecado, para cumplir sus pactos con la humanidad, para que Él pueda *traerte* a casa para siempre. Dios se unió a la familia humana. No había otra manera. Hay muchas razones por las cuales el Evangelio no tiene nada que ver con nuestro comportamiento -obteniendo el amor y la salvación de Dios-. Esto es lo mayor de todo. Es una locura pensar que nuestro comportamiento imperfecto podría ser adecuado. La venida, la muerte y la resurrección de Cristo nunca hubieran sido necesarias si pudiéramos ganar la salvación.

### **SATANÁS Y SUS SECUCES: ¿TONTO Y RETONTO?**

Hay un giro más en esta historia que no quiero que te pierdas. Puede que te hayas preguntado algo. Sé que yo lo hice -más de una vez-. Si la muerte y la resurrección de Jesús anularon los efectos de lo que había hecho la serpiente -Satanás- e impidieron la maldad que impregnó al mundo, y equivalía a quitar la autoridad de los dioses desafiantes de las naciones, “¿A qué viene que Satanás y los otros espíritus malignos desearan matar a Jesús? Parece increíblemente descabellado. Piénsalo. La clave de todo en el plan de Dios fue la muerte de Jesús, porque tiene que haber una muerte para que haya una resurrección que supere a la muerte. Y Jesús no podría haber vuelto para estar con Dios el Padre si su misión no se hubiera cumplido -lo que significa que el Espíritu no habría podido venir a lidiar con la depravación-. Si Satanás y todos los demás poderes de las tinieblas hubieran dejado solo a Jesús, *el plan de Dios habría fracasado*. ¿Son los demonios tontos sobrenaturales?

He escrito mucho sobre este tema. Es fascinante. En realidad, es el Nuevo Testamento el que responde a esta pregunta. Al hablar sobre las Buenas Nuevas -“El Evangelio”- que Jesús predicó, el apóstol Pablo dijo:

*Pero impartimos una sabiduría secreta y oculta de Dios, que Dios decretó antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los gobernantes de esta era entendió esto, porque si lo hubieran hecho, no habrían crucificado al Señor de la gloria. (1 Cor. 2:7-8).*

“Gobernantes” es una palabra que Pablo usó en otros lugares refiriéndose a los miembros malvados del mundo espiritual (Ef. 3:10; 6:12; Col. 1:16). El punto es simple: *Satanás, los demonios y los hijos rivales de Dios no sabían cuál era el plan de Dios.* Seguro que sabían quién era Jesús cuando comenzó Su ministerio. Llamaron a Jesús el “Hijo de Dios” e “hijo del Altísimo” (Mat. 4:1-11; 8:29; Mar. 1:12-13, 21-24; 3:11; Luc. 4:1-13, 31-37; 8:28). El Antiguo Testamento dejó bastante claro que Dios todavía quería una familia humana que gobernara con Él, al igual que la idea original en Edén. Satanás y sus secuaces podrían haber adivinado que Jesús estaba aquí para echar el plan en marcha. Pero no tenían idea de cómo. Lo lógico, desde el punto de vista de ellos, era matarlo. Pero esa era la clave de todo. Dios les tomó el pelo.

Es fácil reírse entre dientes de cuánto más inteligente es Dios que cualquiera de sus adversarios sobrenaturales. Pero no perdamos el punto. Dios no se unió a la humanidad para hacer que Satán o los demonios parezcan tontos. Lo hizo porque *te quería en su familia.* No necesitaba otro motivo. *Tú fuiste suficiente.*

Pero todavía hay más en la historia. Jesús hizo su parte. Tenemos que mirar más de cerca el papel del Espíritu por una simple razón, pero significativa -está directamente relacionado con nuestro papel en ayudar a Dios a reclutar a la mayor cantidad posible de personas en Su familia-.

## CAPÍTULO CINCO

### DIOS PROCURA A SU FAMILIA

Como señalé en el capítulo anterior, la venida del Espíritu Santo fue el cumplimiento del Nuevo Pacto descrito por Jeremías y Ezequiel (Jer. 31:31-34; Ez. 36:22-28). El ministerio del Espíritu en cada creyente hace posible la victoria sobre la depravación. Piense en ello como una bofetada a los hijos caídos de Dios. Pero es un ataque aún más directo a otro grupo de villanos sobrenaturales.

La llegada del Espíritu lanzó una campaña de infiltración contra los hijos de Dios a quienes Dios les asignó las naciones que Él esparció (Deut. 32:8) -los seres sobrenaturales que desertaron del servicio a Dios y se corrompieron, abusando de las personas bajo el dominio de ellos (Sal. 82)-.

Jesús sabía todo eso. Habitualmente lo damos por sentado en nuestra lectura de los libros del Nuevo Testamento que vienen después de la resurrección -es decir, el libro de los Hechos hasta el final, el libro de Apocalipsis-.

#### EL PRINCIPIO DEL FIN

La partida de Jesús puso en movimiento la venida del Espíritu (Juan 14:26; 15:26; 16:7; Luc. 24:49). Mientras el Jesús resucitado todavía estaba en la tierra, les contó a sus seguidores lo que vendría a suceder:

*Y mientras estaba con ellos, les ordenó que no se marcharan de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, que dijo: “Oísteis de mí; que Juan bautizaba con agua, pero seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de unos días... y recibiréis poder cuando haya venido el Espíritu Santo sobre vosotros, y me seréis*

*testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hch. 1:4-5, 8).*

Si sigues leyendo el libro de Hechos, no tardarás mucho en descubrir lo que Jesús estaba pronosticando. Una vez que Él se va (Hechos 1:9-11), el Espíritu desciende –literalmente- en un resplandor de gloria, en el siguiente capítulo.

*Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un solo lugar. Y de repente vino del cielo un sonido como un fuerte viento que corría, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas de fuego, divididas, y se posaron sobre cada una de ellos. Y todos se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas a medida que el Espíritu les daba expresión. (Hechos 2: 1-4).*

El resto de la historia nos dice que el Espíritu Santo permitió a los seguidores de Jesús hablar en todo tipo de idiomas. Estaban contando la historia de Jesús -su muerte y resurrección- a los judíos de todo el mundo. “Judíos” fue el nombre que se les dio a los israelitas en tierras extranjeras, que se habían dispersado por todo el mundo en el exilio en tiempos del Antiguo Testamento. Los judíos que escucharon a los seguidores de Jesús predicándoles en su propio idioma eran descendientes de los israelitas del Antiguo Testamento. Habían venido a Jerusalén para celebrar una de las fiestas sagradas en el antiguo calendario religioso israelita.

La gente en Jerusalén que sabía quiénes eran los seguidores de Jesús pensaron que toda esa exhibición pública era una locura de embriaguez. Simplemente no era posible que de repente estos hombres pudieran hablar en otros idiomas. Pero entonces el apóstol Pedro actuó por ellos. Sinceramente, hizo más que eso - les predicó-:

*“Hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén, que esto les sea conocido, y escuchen mis palabras. Estas personas no están ebrias, como suponen, ya que es apenas*

*la tercera hora del día. Pero esto es lo que se pronunció a través del profeta Joel: “Y en los últimos días será, declara Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y tus hijos y tus hijas profetizarán, y tus jóvenes verán visiones, y tus ancianos soñarán sueños; incluso sobre mis siervos y siervas, en aquellos días derramaré mi Espíritu, y ellos profetizarán. Y mostraré maravillas en los cielos arriba y señales en la tierra abajo... Y sucederá que todos los que invocan el nombre del Señor serán salvos.’ “Varones de Israel, escuchen estas palabras: Jesús de Nazaret, un hombre atestiguado por Dios con grandes obras y maravillas y señales de que Dios hizo a través de Él en medio de ustedes, como ustedes mismos ahora ven— este Jesús, entregado según el plan definido y la presciencia de Dios, crucificado y asesinado por manos de hombres sin ley. Dios lo levantó, desatando los dolores de la muerte, porque a ésta no le fue posible retenerlo... Por lo tanto, al ser exaltado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto para que ustedes lo estén viendo y oyendo.” (Hch. 2:14-19, 21-24, 33).*

Pedro les estaba diciendo lo que estaban viendo con sus propios ojos, y escuchando con sus propios oídos, fue un milagro causado por la venida del Espíritu Santo de Dios. Les dijo que Dios había enviado su Espíritu para contarles lo que había sucedido. El mesías había venido, había sido asesinado, había resucitado de entre los muertos -y necesitaban creer-. El resultado de la explicación de Pedro fue impresionante. Tres mil personas “invocaron el nombre del Señor” para perdón y fueron salvas (Hch. 2:41).

Este suele ser el punto en la historia donde el predicador avanza -o retrocede- para hablar sobre la cruz. Eso está muy bien, ya que la cruz y la resurrección llevaron a este momento. Pero, nuevamente, nos estamos perdiendo algo *muy* significativo sobre la historia.

## INFILTRACIÓN SOBRENATURAL

Recuerda, lo que sucedió en Hechos 2 fue acerca de la venida del Espíritu. La llegada del Espíritu fue el elemento crucial de un nuevo pacto -un nuevo conjunto de promesas que Dios le estaba dando a la humanidad-. Muchos cristianos no se dan cuenta de que esto también significaba que Dios estaba lanzando una guerra espiritual para reclamar no sólo a los judíos que habían rechazado a Jesús, sino también a los gentiles, personas de las naciones que Él había rechazado en la Torre de Babel. *Dios estaba procurando a Su familia*, sin importar dónde vivían sus hijos. Él los quería y los encontraría.

El pasaje que acabamos de leer en Hechos 2 nos dice que el Espíritu vino con viento y fuego (Hechos 2:2-3). El fuego y el “humo quemado” eran elementos comunes en las visiones de la presencia de Dios en el Antiguo Testamento (Éxo. 13:21-22; Ez. 1:4, 13, 27). Dios a veces vino en un “torbellino” (Isaías 6:4, 6; Ezequiel 1:4; Job 38:1; 40:6). Los judíos que escucharon el mensaje de Pedro y vieron la venida del Espíritu con sus propios ojos sabían que el día de la salvación había llegado.

Piensa en lo que pasó en esta escena. Tres mil judíos, que vivían en el extranjero en las naciones donde sus ancestros habían sido dispersos, habían venido a Jerusalén para una fiesta religiosa. Ellos fueron testigos de la venida del Espíritu y escucharon acerca de Jesús, el mesías y lo que Él había hecho. Ellos creyeron en Jesús. Se hicieron cristianos, sus seguidores. ¿Qué supones que hicieron después?

Se fueron a casa.

¿Por qué es importante? Porque ahora las naciones perdidas y divorciadas tenían tres mil evangelistas plantados en ellas. Eran como agentes secretos, incrustados en territorio hostil retenido por otros dioses. Serían los medios iniciales de Dios para multiplicar el tamaño de Su familia humana. Eran la primera ola. ¿Su misión? La misma que Jesús les había dado a sus discípulos: la Gran Comisión. Los cristianos conocen bien los versículos:

*Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado. Y he aquí, estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. (Mat. 28:19-20).*

Pero una vez más, algo se pierde. Esa es la Gran Comisión, de acuerdo. Pero me salté el versículo 18, el que generalmente se salta cuando la gente habla de nuestra misión de evangelizar. Aquí está la declaración completa de Jesús con algo importante en negrita:

*Y Jesús se acercó y les dijo: **“Toda autoridad en el cielo y en la tierra me ha sido dada.** Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Enseñándoles a observar todo lo que os he mandado. Y he aquí, estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.” (Mat. 28:18-20)*

¿Captaste eso? Jesús tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra. La autoridad en la parte del cielo es bastante fácil de entender. Jesús ascendió a los cielos y se sentó a la diestra de Dios (Col. 3:1; Heb. 12:2). Pero ¿qué significa la parte “*en la tierra*”? Esto se pierde fácilmente. Su ascenso -que naturalmente sería después de Su resurrección- marcó el final de la autoridad de aquellos que tenían el poder en la tierra hasta ese punto. ¿Quiénes eran esos? Los hijos caídos de Dios, nombrados sobre las naciones cuando Dios se alejó de ellas (Deut 32:8).

## **NO TIENES NADA QUE HACER AQUÍ**

La implicación es que la resurrección y el regreso de Jesús al cielo significaron que la autoridad de los hijos rebeldes de Dios ahora era nula y sin valor. Ya no tenían el dominio legítimo sobre la gente en esas naciones. La salvación no fue sólo para los israelitas –judíos-, a pesar de que el mesías era un descendiente de Abraham y David. Jesús fue el mesías para todos, y el señor legítimo de cada nación. La resurrección, la ascensión y la venida

del Espíritu marcaron el principio del fin para los hijos caídos de Dios. Habían perdido su legitimidad.

Es por eso que el Nuevo Testamento asocia la resurrección y la ascensión con la derrota de los poderes sobrenaturales de la oscuridad. Cuando Dios “resucitó a Jesús de entre los muertos” (Col. 2:12), nuestros pecados no sólo fueron perdonados (Col. 2:13-14), sino que “despojó a los gobernantes y las autoridades y los puso en abierta vergüenza, triunfando sobre ellos en Él” (Col. 2:15). Recuerde que “gobernantes y autoridades” son términos que Pablo usa de los hijos sobrenaturales de Dios caídos que se convirtieron en los dioses malvados de las naciones en los tiempos del Antiguo Testamento (Rom. 8:38; 1 Cor. 15:24; Ef. 1:21; 2:2; 3:10; 6:12; Col. 1:13).

Los “gobernantes y autoridades” son una expresión favorita del apóstol Pablo para describir los poderes derrotados de la oscuridad. Después de que se levantó de entre los muertos, Jesús fue “al cielo y está a la diestra de Dios, con ángeles, autoridades y poderes que le han sido sometidos” (1 Pedro 3:22). Cuando Dios levantó a Jesús y lo sentó a su mano derecha, Jesús fue colocado “muy por encima” de los gobernantes, las autoridades y los poderes, “no sólo en esta era, sino también en la que vendrá” (Ef. 1:20-21). En la era venidera, Jesús “entregará el reino a Dios Padre” después de destruir a todo gobernante, autoridad y poder” (1 Cor 15:24).

Pablo vio que la resurrección y la ascensión marcaban el principio del fin para los hijos caídos de Dios que habían sido asignados a las naciones. No es de extrañar, entonces, que él también vinculara ese pensamiento con la salvación de los gentiles, la gente de las naciones abandonadas. El Jesús resucitado y el Espíritu liberarían a los gentiles de los poderes oscuros que los esclavizaron y abusaron de ellos (Sal. 82:2-5).

Recuerde que Dios se le apareció a Abraham justo después de dividir las naciones en Babel. Le dijo a Abraham que, a través de él y sus descendientes, todas esas naciones serían bendecidas algún día. Pablo, el apóstol de los gentiles, conocía bien esa promesa. Escribió que Jesús “había confirmado las promesas” dadas a Abraham y sus descendientes “para que los gentiles glorifiquen a Dios por Su misericordia” (Rom. 15:8-9).

Pablo no había terminado allí. Le gustaba citar el Antiguo Testamento para mostrar que Dios nunca se dio por vencido con las naciones gentiles. Los había querido en Su familia todo el tiempo. Pablo sabía que el mesías, llamado la “raíz de Isaí” en el Antiguo Testamento -Isaí era el padre del rey David- “surgiría para gobernar a los gentiles; en Él esperarán los gentiles” (Isaías 11:10). Pablo sabía que las naciones abandonadas algún día adorarían al verdadero Dios (Sal. 117:1).

Este plan -una campaña de guerra espiritual- se lanzó cuando el Espíritu vino y 3,000 personas creyeron en Jesús (Hechos 2). Esos nuevos creyentes volvieron a sus países de origen. El Evangelio de Jesús se infiltró en las naciones bajo el dominio de poderes sobrenaturales hostiles. La Biblia se refiere a esto como el crecimiento del “Reino” de Dios. A medida que las personas se apartaban de los dioses corruptos y malvados que no podían ofrecerles vida eterna y convertirse en miembros de la familia de Dios, el reino de Dios crecía. Un reino disminuye; el otro se expande.

El reino de Dios, por lo tanto, ya está aquí de cierto modo... Pero no está completamente aquí en otro sentido. No pasa ni un momento que Dios deje de procurar a los hijos que ama y quiere. Su mano invisible está en todas partes, en todas las circunstancias, influyendo y capacitando a sus hijos para que crezca Su familia. Un día, el plan de Dios alcanzará su punto máximo. Todo vendrá a cerrar el círculo. El final de la historia será el que su Autor tuvo en mente todo el tiempo.

## CAPÍTULO SEIS

### DIOS ESTÁ CON SU FAMILIA POR SIEMPRE

**T**erminé el capítulo anterior con un alcance firme en algunos puntos obvios. Cristo ha resucitado. Todos aquellos que han confiado en lo que Él hizo en la cruz y en Su resurrección como el único medio de salvación, tendrán vida eterna. Pero mientras tanto, *ya* somos miembros del reino de Cristo (Col. 1:13), ese reino *todavía no* ha llegado en su plenitud y finalidad.

Lo mismo se aplica a la derrota y destrucción de Satanás y de varios hijos caídos de Dios. *Ya* está en progreso, pero *aún no* se ha realizado. Satanás no tiene reclamo -no tiene propiedad, no tiene poder sobre la muerte- sobre ningún miembro del reino de Dios. Pertenecemos a Dios a través de Jesús, y Jesús conquistó la muerte para que podamos ser resucitados a la vida eterna con Él y Dios Padre (Rom. 6:8-9; Rom. 8:11; 1 Cor. 6:14; 15:42-49). Sin embargo, “el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2) está vivo y bien hoy.

Asimismo, los poderes de la oscuridad han sido destronados. Pero no se han rendido. Se resisten, luchando una batalla perdida. Toda persona que abraza la salvación ofrecida por Dios a través de Jesús es “liberada...del dominio de la oscuridad, y transferida...al reino del amado Hijo de Dios” (Col. 1:13). A medida que el reino de Dios crece, el reino de las tinieblas disminuye.

Es fácil perderse en el mal presente y el sufrimiento del mundo en lugar de mirar hacia el futuro. A veces es difícil recordar que Jesús “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de la presente era de maldad, de acuerdo con la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gal 1:4).

La Biblia no condena este dilema. Es honesta al respecto. “Toda la creación ha estado gimiendo al unísono con dolores de parto” esperando “con grandes ansias la revelación de los hijos de Dios... [Q]ue la creación misma será liberada de su esclavitud de corrupción y obtendrá la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rom 8:18-21).

## **EL SIGNO DE EXCLAMACIÓN DE LA HISTORIA**

En lo que queda de la historia, quiero centrarme en el increíble final. Cada gran epopeya tiene un final memorable, ya sabes. La historia bíblica no es una excepción. -si esperas arpas y nubes, ve acostumbrándote a la decepción-.

Tendemos a procesar el acto final de la historia de la Biblia en términos de lo que *obtenemos*. Por ejemplo, tendremos vida eterna, no muerte. Eso es emocionante, pero la “vida eterna” en realidad no dice mucho. Es sólo una descripción de la duración, no de la calidad.

La calidad de vida eterna emerge más en nuestras mentes cuando procesamos el final de la historia como la vida en un nuevo Edén global. El libro de Apocalipsis, el último libro de la Biblia, completa la historia con imágenes edénicas (Ap. 21-22). Dios está ahí. El cielo ha vuelto a la tierra. Jesús está ahí. El árbol de la vida está ahí. Este Edén es realmente mejor que el Edén original. El mal ha concluido. No hay una rebelión esperando estallar en el mundo. Por lo tanto, la creación está perfectamente optimizada. No hay experiencia de enfermedad ni muerte en ninguna parte de las plantas, animales o humanos. No hay depredación ni violencia. Es como algo que nunca hemos experimentado.

El “ángulo del Edén” nos acerca a lo que la Biblia misma enfatiza en lo que es el clímax de su historia. El pasaje de Romanos 8 que incluí arriba ajusta nuestro pensamiento lo suficiente como para extraer la verdadera esencia del plan de Dios: “La revelación de los hijos de Dios... la gloria de los hijos de Dios.” Sí, la creación gime para ser renovada, pero esa liberación está vinculada con la glorificación de la familia humana de Dios.

En otras palabras, *somos* el juego final de lo que Dios ha estado haciendo. *Nuestro estatus* como sus hijos permanentemente adaptados para Su presencia, y presentes con Él permanentemente, es la vanguardia de la historia de la Biblia. *Donde* vivimos es sólo un paisaje -sin duda espectacular-. La visión final del libro de Apocalipsis sobre el nuevo Edén me señala este punto al comenzar así la escena final:

*Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía. Y vi la ciudad santa, Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: “**He aquí, la morada de Dios está con el hombre. Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.**”*

## IDENTIDAD ETERNA

La “revelación de los hijos de Dios” ... La gloria de los hijos de Dios” es una manera de decir que algún día seremos transformados y hechos como Jesús. Como dijo el apóstol Juan: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos aún no ha aparecido; pero sabemos que cuando aparezca, seremos como Él, porque lo veremos tal como es”*. (1 Juan 3:2). La misma idea se expresa de otras maneras:

*Aquellos a quienes Él conocía, también estaban predestinados para ser conforme a la imagen de su Hijo, para que sea el primogénito entre muchos hermanos.* (Rom. 8:29).

*Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, y de ella esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien transformará nuestro cuerpo de humillación para que sea como su cuerpo glorioso, por el poder que le permite incluso someter todas las cosas a sí mismo.* (Fil. 3:20-21).

Nuestro destino es convertirnos en personas que proyectan completamente a Dios a la manera de la máxima imagen de Dios: Jesús. Eso ya está en proceso: “Y todos, con la cara descubierta, contemplando la gloria del Señor, estamos siendo transformados a la misma imagen de un grado de gloria a otro” (2 Cor. 3:18). La Biblia termina nuestra historia con resurrección y transformación. Somos elevados a la vida eterna y se nos da un cuerpo glorificado, similar al que Jesús tuvo después de su resurrección. Pablo se refiere a esto como un “cuerpo celeste” (1 Cor. 15:35-58).

Mi pasaje favorito sobre nuestro destino final y glorificación es un poco más oscuro. Es una escena en la carta a los Hebreos donde Jesús nos presenta a Dios y Dios a nosotros. Jesús está delante de Dios y “la congregación,” los hijos celestiales de Dios. Confiesa audazmente que no siente vergüenza de tenernos como hermanos en la familia (Heb. 2:11) y luego le dice a Dios y a los miembros sobrenaturales de la familia: “Hablaré de tu nombre a mis hermanos y hermanas; En medio de la congregación cantaré tu alabanza... He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado” (Heb. 2:12).

*Este* es tu destino final -convertirte en un miembro permanente y legítimo de la familia de Dios-. Al final, *perteneces* a la familia de Dios. Es lo que Él quiso desde el principio. Eso es lo que anhela toda la creación.

## ASOCIACIÓN ETERNA

¿Alguna vez has tenido una conversación sobre cómo será la vida en la nueva creación -el cielo-? He escuchado a muchas personas describirlo como un servicio de adoración sin fin, una sesión de preguntas y respuestas con Jesús o una reunión y un saludo glorificado de la iglesia. «Eso último asusta a los introvertidos como yo».

Si bien podemos inferir algunas cosas imaginando lo que la vida en un Edén perfecto podría conllevar, la Biblia no dice mucho sobre esta experiencia. Lo que dice desafía el tipo de conjeturas enumeradas anteriormente. “Aquellos que vencieren,”

y perseveren en su fe en Jesús, recibirán “autoridad sobre las naciones” (Ap. 2:26). Jesús los hará “sentarse conmigo en mi trono” (Ap. 3:21). Un día “juzgaremos a los ángeles” (1 Cor. 6: 3).

¿Qué significan estas frases? ¿Podemos comenzar preguntando quién gobierna las naciones *ahora*? La respuesta es: los hijos de Dios caídos asignados a las naciones en Babel. En otras palabras, las naciones en este momento aún no han sido totalmente -o incluso en su mayoría- reclamadas por Dios. La expansión del reino de Dios es un proceso gradual, como hemos señalado -un proceso “ya” iniciado, pero aún no finalizado-. Cuando el proceso se complete al final de los días, los creyentes “juzgarán a los ángeles” -juzgaremos a los hijos caídos de Dios reemplazándolos-. Gobernaremos las naciones con Jesús nuestro rey -y hermano-.

Cada vez que hablo sobre esta idea recibo ciertas preguntas inevitables: ¿Qué tareas tendremos? ¿Tendrán algunos creyentes más autoridad que otros creyentes? ¿Seré el jefe de otro creyente? ¿Cómo podemos todos ser gobernantes? ¿Dictan nuestras obras quién está sobre quién?

Todas estas son preguntas comprensibles *de personas que viven en un mundo imperfecto y caído*. Nuestra perspectiva está contaminada por el mundo defectuoso y dañado que experimentamos. Pero la Biblia no describe nuestro destino final como una relación entre jefe y empleado. Es una relación de padre e hijo. Nosotros, los hijos de Dios, trabajamos *con* Él junto a nuestros hermanos, ya sean humanos o divinos. Proyectamos la imagen de Dios juntos ahora de la manera que estábamos destinados a hacerlo. Y el hermano al que todos admiramos es Jesús. Todos los hijos de Dios han sido hechos como Él, el máximo portador de la imagen de nuestro Padre.

El punto es que nuestro gobierno en el nuevo Edén no tiene que ver con la jerarquía; se trata de la *sociedad familiar*. Cuando todos los miembros de la familia son glorificados, la necesidad de una jerarquía de supervisión desaparece.

Para ser honesto, no podemos concebir nada como esto. Vivimos en un mundo corrompido. Dios nos quiere -Él *te quiere*-

para experimentar la vida con Él de la manera que Él quería que fuera. Y algún día lo haremos. Como dice la Biblia:

*“Ningún ojo ha visto, ningún oído ha oído,  
y ninguna mente ha imaginado  
lo que Dios ha preparado  
para los que le aman.”* (1 Cor 2:9, NTV)

## RESUMEN Y VISTA PREVIA

Ahora tú sabes de qué trata realmente la Biblia. Es una historia sorprendente.

Probablemente te estés preguntando a dónde iremos a partir de aquí. Hay algunos conceptos importantes para considerar, a la luz de la historia.

Al principio de la historia, escribí esto sobre Abraham:

El apóstol Pablo usó a Abraham como un ejemplo de lealtad creyente (Rom. 4:1-12). Abraham creyó y fue aceptado por Dios *antes* de obedecer cualquier regla. Las reglas fueron para mostrar que él creía. No reemplazaron la creencia. La creencia –fe- era la única cosa esencial. La lealtad a esa creencia -a ese Dios- es algo de lo que hablaremos más adelante. Hoy lo llamamos discipulado. La creencia y la lealtad son dos cosas distintas. Están relacionadas, pero no son términos intercambiables. Lo mismo ocurre con la salvación y el discipulado.

Ese párrafo es nuestro mapa de ruta para el resto del camino. La frase “lealtad creyente” será nuestra guía. Déjame ilustrar:

### “CREYENDO”

En la siguiente sección, vamos a hablar sobre el Evangelio. Hablaremos de lo que es y de lo que no es. Aprenderemos lo que significa -lo que es el contenido del Evangelio según la Biblia. Eso es importante, porque *creyendo* en el Evangelio es como nos convertimos en miembros de la familia de Dios. Así es como somos salvos. La salvación es por la fe. Es la manera en que Dios ha provisto la salvación, el camino que ha creado para unirse a Su familia. Que todo está centralizado en lo que hizo Jesús.

## “LEALTAD”

En la última sección del libro vamos a aprender sobre el discipulado. “Discípulo” es un término que significa “seguidor.” Ser un discípulo de Jesús significa seguirlo -imitándolo a Él-. Jesús dijo: “el que me ha visto, ha visto al Padre” (Juan 14:7, 9). Jesús vivió de una manera que demostró que amaba a Dios -que era *leal* a su padre y su plan. El discipulado es cómo demostramos que amamos a Jesús y amamos a Dios. No se trata de ganarnos el amor de Dios. Así es como le agradecemos a Jesús por cumplir el plan de Dios para salvarnos. No se trata de reemplazar o complementar lo que Jesús hizo por nuestra salvación. Es así como mostramos que creemos en lo que hizo por nuestra salvación (Santiago 2:14-26).

Como dije anteriormente, la creencia y la lealtad son dos cosas relacionadas, pero distintas. No son términos intercambiables. Lo mismo ocurre con la salvación y el discipulado. Creemos en el Evangelio para nuestra salvación. Demostramos lealtad a nuestro Salvador siendo sus discípulos.

## **PARTE II**

### **EL EVANGELIO**

## CAPÍTULO SIETE

### ¿QUÉ ES EL EVANGELIO?

**P**uede sonar extraño hacer esa pregunta en este momento. Acabamos de pasar un buen rato andando a través de la historia de la Biblia, la historia de cómo Dios nos quiere en Su familia. Nos unimos a esa familia creyendo en el Evangelio.

He descubierto que muchas personas que asisten a la iglesia realmente no entienden el Evangelio. Algunos no pueden articularlo. Otros que *pueden* expresarlo de manera coherente, a menudo luchan por rendirse verdaderamente a su simplicidad. Sufren internamente por creer verdaderamente que el Evangelio es todo lo que se necesita para la vida eterna.

Algunos de ustedes pueden preguntarse de qué estoy hablando. Sin embargo, estoy dispuesto a afirmar que, al explicar lo que quiero decir a continuación, te verás a tí mismo o a alguien que conozcas.

Comenzaremos por definir el Evangelio. Haré algunas preguntas importantes, a medida que avancemos, para lograr mayor claridad. También necesitamos hablar sobre qué *no es* el Evangelio. Cuando lleguemos a esa parte de la conversación, verás a qué me refiero con el conflicto que mencioné.

### ¿QUÉ ES EL EVANGELIO?

Es bastante fácil definir qué significa el *término* “Evangelio.” La palabra bíblica “Evangelio” se refiere al mensaje de salvación. La palabra en español “Evangelio” es una traducción de una palabra griega -el idioma original del Nuevo Testamento- que se refiere a una recompensa otorgada a alguien que trajo buenas noticias. Por lo tanto, a menudo aquí el término “Evangelio” equivale a “buenas noticias”-las buenas nuevas sobre el mensaje de salvación-.

Pensemos en eso. Puede parecer que aprendimos algo. Supongo que lo hicimos, pero en realidad no aprendimos lo que

necesitábamos saber. Es bueno que ahora podamos *definir* un término. Pero en realidad no hemos dicho nada sobre el *contenido* del mensaje de salvación. Hemos definido a qué se refiere la palabra “Evangelio,” pero no a lo que realmente *es* el Evangelio.

Entonces hablemos de lo que significa el Evangelio. ¿Cuál es el *contenido* del ofrecimiento de salvación de Dios? ¿Cuáles son los *detalles* de las buenas nuevas? ¿Y *por qué* son buenas nuevas? La palabra aparece casi 100 veces en el Nuevo Testamento, por lo que deberíamos poder resolver esto.

El apóstol Pablo probablemente habla sobre el mensaje del Evangelio más que cualquier otro escritor del Nuevo Testamento. Él usa la palabra “Evangelio” para el mensaje que predicó acerca de Jesús:

*Ahora, les recuerdo, hermanos, el Evangelio que les prediqué, que recibieron, en el cual se encuentran y por el cual están siendo salvos, si mantienen la palabra que les prediqué... Que Cristo murió por nuestros pecados de acuerdo con las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día de acuerdo con las Escrituras. (1 Cor. 15: 1-4).*

Pablo define su mensaje, el Evangelio, en otra parte:

*Pablo, un siervo de Cristo Jesús, llamado a ser un apóstol, apartado para el Evangelio de Dios. . . En cuanto a su Hijo, que descendió de David según la carne y fue declarado Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor, a través de quien hemos recibido la gracia y el apostolado. Para lograr la obediencia de la fe... (Rom. 1:1-5)*

El contenido del Evangelio -las buenas nuevas- emerge claramente en estos pasajes. Aquí están los elementos:

- Dios envió a su Hijo. . .

- Quien nació del linaje de David. . .
- Como el hombre Jesucristo. . .
- Quien murió por nuestros pecados. . .
- Quien fue sepultado. . .
- Y quien resucitó de entre los muertos. . .

Estos artículos son el *contenido* de las buenas nuevas. Permíteme describirlos de nuevo aquí a la luz de la imagen más grande de la historia de la que hablamos anteriormente:

El Hijo de Dios se hizo hombre. Él sufrió y murió en la cruz para que nuestros pecados ya no nos mantuvieran fuera de la familia de Dios. Él se levantó de entre los muertos para que nosotros también pudiéramos vencer la muerte y estar con su Padre, nuestro Padre, el único Dios verdadero, para siempre.

Vamos a sondear esto un poco. Si estas son la buenas nuevas, *¿por qué* son buenas? Por muchas razones. Son buenas porque nuestra salvación no depende de nuestro propio empeño. No ves nada en esos pasajes acerca de tu sorprendente historial o de tu limpio antecedente. El contenido del Evangelio no se trata de lo que tú has hecho, o podrías hacer, o debes hacer. Se trata de lo que alguien más hizo por ti. Esa es una buena noticia para todos nosotros, porque ninguno de nosotros es perfecto. Ninguno de nosotros agrada a Dios todo el tiempo. Ninguno de nosotros es apto para vivir en Su familia ni invocar Su nombre por nosotros mismos. *Tenemos que ser hechos aceptables o Dios*. El contenido del Evangelio nos dice cómo sucede eso.

Observe que Pablo describió su ministerio, de decirles a las personas las buenas nuevas, como “traer la obediencia de la fe.” Quería que aquellos que escuchaban su mensaje “se aferraran” a lo que dijo. ¿Cómo “obedeces” el Evangelio? ¿Bautizándote? ¿Dando dinero? ¿Portándote bien? ¿No siendo un ignorante? ¿Ayudando al pobre? Todas esas son cosas que valen la pena,

pero No. Dios quiere “la obediencia de la *fe*.” Tú obedeces el Evangelio al *creerlo*.

¿También notaste que Pablo no dijo “la obediencia de la comprensión?” Es posible que no entendamos completamente cosas como que Dios se convierta en un hombre en Jesús, o cómo podría suceder la resurrección. Está bien. Dios no nos exige que lo resolvamos todo y luego volvamos a Él para tomar un examen final. Él quiere *creencia*. La comprensión sobre la racionalidad de estas cosas puede esperar.

El contenido del Evangelio es el ofrecimiento de Dios para perdonarte y darte un lugar permanente en Su familia. Su oferta muestra su amor y bondad. La Biblia a veces usa la palabra “gracia” en lugar de esos términos. Como no hay mayor poder, Dios no fue obligado a participar en el ofrecimiento. Nadie le está torciendo el brazo. Él te ofrece salvación porque te quiere. Todo lo que pide es que creas.

*Esas* son las buenas nuevas del Evangelio.

## **¿POR QUÉ NECESITAMOS EL EVANGELIO?**

Podrías pensar que ya respondí esto. En cierto modo lo hice, al menos de una manera indirecta. Pero a la luz de mi experiencia en los círculos cristianos, necesito ser franco.

¿Por qué necesitamos el Evangelio? Porque sin él no tenemos esperanza de vida eterna con Dios. Cero. Estamos alejados de Dios a causa del pecado. Creer en el Evangelio es el remedio.

La Biblia describe nuestra situación de varias maneras. Jesús dijo que estaba aquí para “buscar y salvar a los perdidos” (Lucas 19:10). Por naturaleza estamos “muertos en delitos y pecados” (Ef. 2:1, 5), y somos “impíos” (Rom. 5:6). Estábamos “alejados de Dios” (Ef. 4:18) y éramos “hostiles” hacia Él (Col. 1:21), porque nosotros éramos sus “enemigos” (Rom 5:10). No es una imagen bonita.

La historia bíblica por la que hemos andado explica por qué somos lo que somos. No nacemos en la familia de Dios. Somos forasteros. Sin embargo, Dios nos quiere en la familia. Al carecer de la naturaleza de Dios, abusamos de nuestra inteligencia y libertad para obtener lo que queremos, a menudo dañando a otros

en el proceso. Vivimos de forma autodestructiva. Cuando no nos imaginamos a Dios y rompemos sus leyes, cuando violamos, manipulamos y abusamos de otros, pecamos. Somos pecadores por naturaleza -ensimismados y rebeldes-. “*Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*” (Rom. 3:23).

Es fácil leer eso y ponerse deprimido o enojado. Pero la buena noticia de la historia del Evangelio es que Dios sabía todo eso y nos amó de todos modos. También es útil por una razón que quizás nunca se te haya ocurrido. Es lo que hace que el Evangelio sea completamente diferente a la enseñanza de cualquier otra religión acerca de la salvación. Todas las demás religiones niegan que el pecado es un problema o dicen que la solución es el desempeño humano -repetir rituales, rezar oraciones, observar los días religiosos o ser buenos-.

Para ser franco, sólo el Evangelio es honesto acerca de la situación humana y la incapacidad humana para hacer algo al respecto. Otras religiones, en efecto, te mienten -te dicen que puedes solucionar el problema de tu propia lejanía de Dios o que no tienes un problema-. El Evangelio es la única verdad que te dice que Dios tuvo que proporcionar la solución, y lo hizo. El Evangelio es transparente, honesto. Te dice la verdad, aunque duela. Eso demuestra amor. Mentirte no es amor.

## **¿HAY OTRAS MANERAS DE SER SALVO?**

Más o menos acabo de responder a esto, pero quiero abordar la pregunta desde un ángulo diferente.

Dios ofrece perdón, salvación y vida eterna con Él *de forma gratuita*. No es algo ganado o merecido. De hecho, no puede ser ganado ni merecido. Lo que se requiere es creencia, o fe -poner la confianza de uno en la promesa de Dios y la integridad de lo que Jesús hizo-.

Pero creer en el Evangelio significa *no creer* en otras enseñanzas o ideas sobre la salvación. La Biblia dice que no hay otro camino de salvación. Piénsalo. ¿Por qué Dios Padre enviaría a Su hijo Jesús a morir una muerte tan horrible en la cruz si hubiera otra manera de entrar al Cielo? El Hijo tuvo que hacerse hombre y la muerte tuvo que ser vencida. Esta fue la única

manera, y creer en el plan de Dios es la única forma de salvación. No hay persona aparte de Jesús que pueda salvar (Hechos 4:12). Jesús mismo lo expresó sin rodeos: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

No hay ambigüedad ahí. Nadie se convierte en miembro de la familia de Dios para siempre, excepto por lo que Jesús ha hecho. No se añade el Evangelio a otras creencias. Es exclusivo. Creer en el Evangelio significa *alejarse* de otras creencias. Ese es un aspecto de lo que la Biblia llama arrepentimiento. Hay otros, pero se abordan mejor en la siguiente parte de nuestra conversación.

## LO QUE EL EVANGELIO NO ES

Nuestra discusión sobre el *contenido* del Evangelio deja claro que el Evangelio tiene que ver con lo que Jesús logró por nosotros. La vida eterna, la salvación, es un don dado a aquellos que creen en lo que Jesús realizó en nuestro lugar.

Nuestra cultura tiende a opacar esa claridad. Ofrece superación personal o una vaga “espiritualidad” como sustitutos. Pero la descripción bíblica del Evangelio desafía tales cosas. El evangelio -y la salvación- no tiene nada que ver con la iluminación personal, “mirar dentro” en un viaje de autodescubrimiento. El Evangelio no se trata de una exploración de ideas en una mezcla heterogénea espiritual. Estos son esfuerzos y actividades intelectuales o psicológicas. Estos no son el Evangelio.

Pero estos tipos de “evangelios alternativos” son los *más* fáciles de detectar y eliminar. Hay un obstáculo mucho más difícil que impide que muchas personas descansen en la simplicidad de la salvación que Dios ofrece.

Antes sugerí que muchas personas con las que te encontrarías en la iglesia luchan con el Evangelio. La razón es porque están atrapados en un dilema de funcionamiento. Tú o alguien que conozcas puede definir el *término* Evangelio, y quizás incluso el contenido de su significado. Pero la idea de que creer en lo que Jesús hizo por ti es la suma total de lo que es necesario para la vida eterna no pareciera ser correcta. Seguro que “tenemos *que* hacer algo”. De lo contrario, ¿cómo podríamos merecerla?

Si comprendes la historia de la Biblia y el contenido del Evangelio, debes comprender de inmediato que *no merecemos* lo que Dios ofrece. Y eso representa una lucha para muchas personas. Queremos sentir que nos hemos ganado las cosas buenas que tenemos. No queremos ser objetos de limosna. Se siente mal conseguir algo bueno sin haber trabajado por ello, al menos un poco.

La culpabilidad distorsiona el pensamiento de una manera aún más sutil. Puede paralizar nuestra capacidad de ver el Evangelio como el don incondicional que es. La culpabilidad es lo que impulsa a algunas personas a justificar un regalo al concluir que se lo merecen debido a algo que hicieron por el donante en algún momento. Y si no pueden convencerse de ello, deciden hacer algo después del hecho para sentirse merecedores del regalo.

La culpabilidad nos ciega al amor de Dios que se muestra en el Evangelio. En última instancia, debemos enfrentarnos a cuán egocéntrico es este pensamiento.

Eso puede sonar duro, pero escúchame. Trabajar duro para hacer que alguien más piense que tienes valor requiere que te concentres en ti mismo. No puedes enfocarte en otra persona cuando el objetivo es hacer que ella piense que eres digno de su atención o amor. Queremos sentirnos bien con nosotros mismos - es decir, merecemos algo legítimamente, así que no estamos tomando algo que no nos pertenezca-. También queremos que los demás sientan lo mismo por nosotros -es decir, queremos que otros nos den algo en base a la manera en que hemos logrado que se sientan por nosotros-.

El Evangelio quita eso y lo hace a un lado. Nos expone, exigiendo desnudez humillante. Insiste en que el enfoque sea enteramente en Dios y en Jesús. Por eso es una píldora difícil de tragar para muchos. No nos permite recibir crédito alguno.

Todo se reduce a que el Evangelio *no* se preocupa por lo que haces, sino que se preocupa por *todo* lo que ya eres. Tú eres humano. Eres el objeto del amor y el plan de Dios desde el principio. Nada de eso requiere rendimiento. Simplemente *es*.

Como somos pecadores que vivimos en un mundo caído, eso nos obliga a pensar que nadie nos amaría si realmente nos conocieran completamente, por dentro y por fuera. En

consecuencia, no podemos imaginar a Dios amándonos ya que no hay nada en nosotros que escapa a su atención. Él conoce cada pensamiento, palabra, impulso y acción. La culpabilidad creada dentro de nosotros y la normalidad de nuestras relaciones condicionales hacen que el amor no filtrado de Dios por nosotros en el Evangelio sea difícil de aceptar. Desde nuestra perspectiva, no tiene sentido.

Debo decir en este punto que no estoy sugiriendo que las personas que escuchan el verdadero Evangelio y lo abrazan con toda sinceridad no son realmente salvas. Honestamente creo que *ellos creen* y están en la familia de Dios.

Lo que estoy describiendo es la aplastante vida interna que muchos de esos creyentes todavía viven. Su culpabilidad ha transformado el amor y la gracia del Evangelio en una experiencia basada en el mérito, centrada en el desempeño. Comienzan a preguntarse si Dios todavía los ama como lo hizo en el momento en que entendieron el Evangelio y lo creyeron. Miran los pecados que cometen siendo creyentes como razones para que Dios se sienta desengañado y sea ambivalente respecto de ellos. Están convencidos de que no pueden estar a la altura de las expectativas de Dios y se preguntan si “creyeron lo suficiente” o tal vez realmente no creyeron en absoluto cuando pensaron que lo hicieron.

La triste verdad es que muchos cristianos *genuinos* viven vidas atormentadas y derrotadas, no por el Evangelio, sino por la forma en que su culpabilidad ha distorsionado la claridad del Evangelio. Cuando leen las Escrituras sólo ven sus pecados y fracasos. Cada sermón es una acusación -y una vergüenza para los predicadores que centran sus sermones en esa tarea principalmente-. La maravilla espectacular de la historia se pierde y se olvida.

La salvación *no* consiste en el rendimiento. Nunca lo fue, nunca lo será, y *nunca podrá serlo*. No podemos hacer nada para ponernos al nivel de Dios, para adaptarnos a Su presencia. *Nos falta la naturaleza perfecta de Dios*. Somos semejantes a Dios, creados para proyectar Su imagen, pero por definición, somos menos que Dios, y Dios lo sabe. Por eso su solución fue Jesús, *no tú*.

Es absurdo pensar que podemos cerrar esa brecha o llenar ese vacío haciendo esto o no haciendo lo otro. Dios nunca aprende nada nuevo acerca de ti cuando fallas. Él te ha conocido todo el tiempo y todavía te amó justo donde estabas y dónde estás. Rom. 5:8 lo dice mejor: *“Dios muestra su amor por nosotros en que mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.”* ¿Captaste eso? *Mientras aún éramos pecadores.* No es necesario que actúes a un nivel que sea suficiente para que Dios te ame. Si lo piensas bien, es una muy *buena* noticia. Dios *nunca* está decepcionado contigo, porque nunca tiene falsas expectativas respecto de tu comportamiento. Dios te ha amado todo el tiempo. *“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Juan 3:16).

Podemos reducir esto a dos ideas. Salvación -membresía en la familia de Dios-. No se puede ganar, sólo puede ser recibida, por la fe –creencia-. Dios la ofrece porque es amante y bondadoso. No hay otra razón, ni puede haberla.

## **PARTE III**

### **SIGUIENDO A JESÚS**

## CAPÍTULO OCHO

### ¿QUÉ ES EL DISCIPULADO?

El Evangelio pretende ser transformador. Cualquiera que haya abrazado el Evangelio *“es una nueva creación; lo viejo ha pasado, he aquí que ha llegado lo nuevo”* (2 Cor. 5:17). ¿Cómo se ve eso realmente?

Puedes recordar la respuesta a esta pregunta. Antes dije que un discípulo era un seguidor -específicamente un seguidor de Jesús-. Definí “seguir” como imitar o representar a Jesús. Estar “conformados a la imagen de Jesús” es nuestro destino final (Rom. 8:29; 2 Cor. 3:18; Col. 3:10).

Nuestro motivo para imitar a Jesús no es hacer que Dios nos ame para que nos permita entrar al cielo. Dios ya nos amó a cada uno de nosotros “mientras aún éramos pecadores” (Rom. 5:8) y fuimos los “enemigos” de Dios (Romanos 5:10).

Llegamos al cielo -nos convertimos en parte de la familia de Dios- cuando *creemos* en el Evangelio. Por nuestra cuenta, estamos perdidos, necesitamos un Salvador (Lucas 19:10), alejados de Dios (Ef. 4:18). Cuando *esa* era nuestra situación, Dios nos amaba. Él no esperó que limpiáramos nuestra conducta para amarnos.

Nuestro motivo para imitar a Jesús tampoco es *mantener* a Dios amándonos para que podamos ser salvos al final. Lo que no puede lograrse por el rendimiento tampoco puede perderse por el rendimiento. La salvación no tiene nada que ver con nuestro propio valor o mérito. Todo tiene que ver con lo que alguien – Jesús- hizo por nosotros. *“Por amor a nosotros, Dios lo hizo pecado, el cual no conoció pecado, para que en Él podamos llegar a ser la justicia de Dios”* (2 Cor. 5:21). No podemos tomar crédito por la salvación. Jesús recibe todo el crédito.

## PENSANDO CLARAMENTE EN EL DISCIPULADO

Necesitamos pensar cuidadosamente sobre cómo todo eso se aplica al discipulado.

Debido a la trampa de rendimiento de la que hablé antes, necesitamos tener una idea clara del hecho de que la salvación y el discipulado no son lo mismo. Muchos creyentes, inconscientemente, comienzan a agregar sus propias obras o actuaciones al Evangelio debido a la culpabilidad que causa su pecado. El resultado es la esclavitud espiritual, no la vida abundante que Jesús quiere que tengamos (Juan 10:10; 2 Co. 1:5; Ef. 3:20).

La salvación es un regalo que Dios nos da cuando *creemos* en el Evangelio. Es inmerecido. Sin embargo, Dios nos lo ofrece a pesar de nuestro pecado y hostilidad hacia Él. El discipulado es algo que hacemos como resultado de creer en el Evangelio. Imitamos a Jesús para mostrar nuestro amor por Él y por Dios. Jesús fue el máximo portador de la imagen de Dios, por eso queremos vivir de la misma manera.

Hay muchas razones para vivir como Jesús -vivir una vida santa-. Ganarse el amor de Dios no es una de ellas. La salvación no nos cuesta nada; Es gratis para todos los que creen en el Evangelio. El discipulado, sin embargo, nos cuesta algo. Seguir a Jesús a menudo no es fácil. Ser un discípulo requiere tomar decisiones -amar y honrar a Dios, tratar a las personas por lo que son- compañeros portadores de la imagen de Dios que Él ama y quiere traer a Su familia a través del Evangelio.

Piensa en la propia vida de Jesús. No fue fácil. Como dice la Biblia, “*Cristo también sufrió por ti, dejándote un ejemplo, para que puedas seguir sus pasos*” (1 Pe. 2:21). Jesús vivió una vida de sacrificio.

Puso a Dios primero, seguido por Su “prójimo” -todos los demás-:

*“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran y primer*

*mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.” (Mat. 22:36-40).*

Jesús vivió de esta manera, no para que Dios lo amara o fuera feliz con Él. Dios ya amaba a Jesús, mucho antes de que Él viniera, e “hizo obras” para cumplir el pacto. Amó a Jesús “antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24).

Seguir a Jesús puede ser difícil. Ya que ningún creyente es como Jesús cuando cree por primera vez, y ya que es difícil vivir como Jesús constantemente, cada discípulo necesita tener un cambio de corazón -lo que la Biblia llama “arrepentimiento”- en su comportamiento. Sé que lo hice. Había cosas que tenía que dejar de hacer, y cosas que tenía que comenzar a hacer. Pero nada de eso fue para hacer que Dios me amara. Él ya me amaba.

Jesús hizo lo que hizo porque amaba a Dios. Nosotros también debemos hacerlo. Jesús vivió de cierta manera para ayudar a otros a creer en Él y en el plan de Dios. Nosotros también debemos hacerlo. Jesús sabía por qué estaba en la tierra -cómo tendría una muerte horrible por nosotros-. Pero también confió en el plan y el poder de Dios. Se levantaría de entre los muertos y estaría con su Padre una vez más.

Debemos tener la misma perspectiva eterna. Este mundo no es nuestro verdadero hogar. Es temporal. El siguiente sí es permanente. Debido a lo que hizo Jesús, heredaremos la vida eterna en ese mundo, dejando este atrás. El objetivo de nuestras vidas debe ser mostrar nuestra lealtad y gratitud a la persona que nos salvó, y ayudar a otros a entrar en la familia de Dios.

¿Y si fallamos? ¿Y si pecamos? Haremos ambas cosas. Dios lo sabe. ¡Él conoce a los humanos bastante bien! Él sabe quiénes somos. Pero Él ya nos amaba antes de que tuviéramos el menor interés en hacer algo para amarlo. Él nos amó cuando éramos sus enemigos -“cuando aún éramos pecadores” (Rom. 5:8)-. Dios nos amó antes de que estuviéramos en Su familia. ¿Por qué nos querría menos o dejaría de amarnos ahora que estamos en Su familia? Cuando pecamos y fallamos, Él nos perdona. Quiere que creamos eso y volvamos a imitar a Jesús.

## ¿POR QUÉ VIVIR COMO JESÚS?

Hace un momento dije que hay muchas razones para vivir como Jesús, pero *ganarse el amor de Dios no es una de ellas*. ¿Cuáles son esas razones?

Primero, el pecado es autodestructivo y no sólo nos daña a nosotros, sino a quienes nos rodean. En mi propia familia extendida he visto los efectos del alcoholismo, la adicción a las drogas y la infidelidad. Es obvio que estas cosas destruyen vidas. Debería ser igualmente obvio que las cosas que el mundo -la cultura incrédula- ofrece como placer y gratificación propia son temporales y no tienen valor duradero. La cultura nos dice que “vivamos la vida” para gratificar nuestra propia “felicidad,” independientemente de la miseria que crean nuestras decisiones. No ofrece una perspectiva eterna. Nos invita a vivir sólo por ahora. No hay vocación superior. La Biblia expone esa mentalidad por lo que es:

*No ames al mundo ni a las cosas del mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo—los deseos de la carne y los deseos de los ojos y el orgullo de la vida—no es del Padre sino del mundo. Y el mundo está desapareciendo junto con sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Juan 2:15-17)*

Segundo, y en muchos aspectos es opuesto a lo primero, vivir una vida piadosa bendice a otros. La verdad es que la forma en que vivimos y pensamos bendice a otras personas o las maldice. Jesús sirvió a la gente y fue una bendición para ellos. La búsqueda de un estilo de vida conducido por la propia gratificación y absorción no es satisfactoria. Todos los periódicos sensacionalistas del mercado ofrecen ejemplos de esa realidad. Bendecir a las personas no sólo refleja a Jesús, sino que lleva a la realización personal. Tu vida importa cuando se vive al servicio de los demás.

Tercero, una vida piadosa nos permite ser un testigo constante del Evangelio. Si la gente mira nuestras vidas y no la distingue del mundo incrédulo, y no ve una vida entregada al servicio de los demás, no le será creíble el Evangelio -o, en el mejor de los casos, se confundirá-. Verá nuestras vidas como una contradicción del mensaje de Jesús. En otras palabras, la gente esperará que vivamos como Jesús, la persona que decimos que los ama. Eso no es irrazonable. La alternativa es la hipocresía, y nadie aprecia la hipocresía.

No se vive una vida piadosa para intentar ganar un lugar en el cielo. No se trata de poner a Dios en nuestra deuda debido a los “puntos de espiritualidad” que hemos acumulado. Pasajes como los siguientes tienen un enfoque totalmente diferente:

*Les pido, por lo tanto, hermanos, por las misericordias de Dios, que presenten sus cuerpos como un sacrificio vivo, santo y aceptable para Dios, que es su adoración espiritual. No te conformes a este mundo, sino que te transformes con la renovación de tu mente, para que al probar puedas discernir qué es la voluntad de Dios, qué es bueno, aceptable y perfecto. (Rom. 12:1-2)*

*Pero el fundamento firme de Dios se mantiene, con este sello: “El Señor conoce a los que son suyos” y “Dejen que todos los que nombren el nombre del Señor se aparten de la iniquidad.” Ahora en una gran casa no solo hay recipientes de oro y plata sino también de madera y arcilla, algunos para uso honorable, otros para deshonra. Por lo tanto, si alguien se limpia de lo que es deshonroso, será un recipiente para uso honorable, apartado como sagrado, útil para el dueño de la casa, listo para toda buena obra. (2 Tim. 2:19-21) No hagan nada desde la ambición o la presunción egoístas, pero en humildad cuenten otras más significativas que ustedes. Deja que cada uno de ustedes mire no solo a sus propios intereses, sino también a los intereses de los demás. Tengan esta mente entre ustedes, que es suya en Cristo Jesús, quien, aunque estaba en la forma de Dios, no*

*consideraba la igualdad con Dios como algo que debía ser agarrado, sino que se vació a sí mismo, tomando la forma de un siervo, naciendo a semejanza de los hombres. Y al ser encontrado en forma humana, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta el punto de la muerte, incluso la muerte en una cruz. (Fil. 2:1-8)*

Estos pasajes nos dan una idea de cómo debemos vivir, pero aún no hemos llegado a los detalles del discipulado. ¿Cómo vive un discípulo? ¿Qué hace un discípulo? Favorablemente, Jesús y sus discípulos originales, los primeros cristianos, lo dejaron muy claro. Jesús nunca les dijo a sus seguidores que hicieran algo que Él mismo no había hecho -y les mostró cómo hacerlo-. A su vez, siguieron su ejemplo y enseñaron a otros a hacer lo mismo, en los primeros días de la iglesia en sus comienzos.

## CAPITULO NUEVE

### ¿QUÉ HACE UN DISCÍPULO?

Puede que te sorprenda, pero Jesús no ordenó a sus discípulos que hicieran tantas cosas. Su visión para amar a Dios y a los demás no fue complicada. Pero las cosas que Él les ordenó hacer son profundas y cambian la vida cuando se ponen en práctica. Comenzaremos con el punto más importante de ser un discípulo.

#### LOS DISCÍPULOS AMAN A DIOS, AL PRÓJIMO Y ENTRE SÍ

Ya sabemos cómo Jesús resumió una vida dedicada a Dios. Los mayores mandamientos fueron:

*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran y primer mandamiento. Y un segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (Mateo 22:36-40)*

Jesús hizo estas cosas. Él dijo a sus discípulos: *“Hago lo que el Padre me ha mandado, para que el mundo sepa que amo al Padre”* (Juan 14:31). ¿Cómo demostró Jesús que amaba a Dios, su Padre? Él obedeció a Dios. Él cumplió el plan de Dios para Él. También les dijo: *“Como el Padre me amó, también yo os he amado”* (Juan 15:9). Jesús pidió a sus discípulos que hicieran lo mismo, como lo demuestran sus comentarios sobre los dos grandes mandamientos.

Jesús fue más lejos poniéndose a sí mismo como ejemplo. Les dijo a sus discípulos que se amaran como Él los había amado. Cuando hicieran eso, lo estarían obedeciendo, y agradando a Dios.

Él les dijo:

*Nadie tiene mayor amor que este, que alguien dé su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre, os he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que os elegí y os designé para que déis fruto y que vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé. Estas cosas os mando, para que os améis unos a otros. (Juan 15: 13-17).*

*...[A]sí como yo os he amado, también amaos los unos a los otros. Por esto, todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros. (Juan 13:34-35).*

El amor por Dios y el amor mutuo son, según Jesús, las marcas fundamentales e indispensables de sus discípulos. Jesús no vio estos dos mandamientos como contradictorios de ninguna manera. No estaban en tensión. Eran dos caras de la misma moneda. Eran inseparables.

Pero ¿cómo amamos a la gente? La mayor expresión consiste en dar la vida de uno: “*Nadie tiene mayor amor que este, que alguien dé su vida por sus amigos*” (Juan 15:13). Esto es lo que Jesús hizo por nosotros:

*Porque uno apenas morirá por una persona justa— aunque quizás por una buena persona uno se atrevería incluso a morir—pero Dios muestra su amor por nosotros en que mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. (Rom 5:7-8)*

Salvo esta última expresión, no puedo pensar en una descripción mejor que 1 Cor. 13:4-7. Casi dice todo lo que hay que decir.

Aquí están las características del amor de ese pasaje:

- El amor es sufrido.

- El amor es benigno.
- El amor no tiene envidia.
- El amor no es jactancioso.
- El amor no se envanece.
- El amor no hace nada indebido.
- El amor no busca lo suyo propio.
- El amor no se irrita.
- El amor no guarda rencor.
- El amor no se goza de la injusticia.
- El amor se regocija en la verdad.
- El amor todo lo sufre.
- El amor todo lo cree.
- El amor todo lo espera.
- El amor todo lo soporta.
- El amor nunca deja de ser.

Por lo general, verás puntos en esta lista en las tarjetas en el Día de San Valentín o en una decoración romántica. Está bien - debemos amar a nuestro cónyuge o la persona que esperamos que se convierta en nuestro cónyuge. Pero en 1 Cor. 13:4-7 no se refiere realmente al romance. Esta es la manera en que debemos tratar a las personas en general. Que lo reconozcan como amor es irrelevante. Dios verá y sabrá.

Algunas de esas declaraciones deben leerse en el contexto de otras declaraciones en la lista. Por ejemplo, “el amor cree todas las cosas” debe equilibrarse con “el amor se regocija en la verdad.” No podemos aislar “el amor cree todas las cosas” para concluir que el amor cree la enseñanza falsa o malvada. De la misma manera, “el amor espera todas las cosas” no se refiere a esperar el mal contra alguien. Pero en general, la lista es fácil de entender -y un reto diario a vivir-.

Un punto más antes de seguir adelante. Es esencial reconocer que básicamente todo lo que encierra el discipulado se extiende a partir de este primer mandato de Jesús: *“Como os he amado, también debéis amaros unos a otros. En esto todos sabrán que vosotros sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros”* (Juan 13:34-35). Amándonos -amar a la gente- es el punto central de orientación para las otras cosas que hacen los discípulos -orar, ayunar, dar, compañerismo, etc.-. Todas estas otras cosas son expresiones de este mandamiento fundamental.

## **LOS DISCÍPULOS SE CUIDAN UNOS A OTROS**

Este elemento del discipulado es el resultado de amarnos unos a otros. Cuidarse unos a otros significa estar en y *nutrir* a la comunidad.

A medida que más y más personas llegaron a abrazar el Evangelio en los días posteriores a Pentecostés (Hch. 2:1-4), se convirtieron en parte de una comunidad en crecimiento que se llamaría “iglesia” -en este caso, la de Jerusalén-. En el Nuevo Testamento, este término no se refería a un edificio ni a una organización oficial. El Nuevo Testamento nos dice que la iglesia en Jerusalén era notoriamente pobre. No tenían un edificio para reunirse -y había miles de nuevos creyentes; Hch. 2:41, 47; 5:14)-. No tenían algún estatus legal oficial, por lo que los creyentes fueron perseguidos (Hch. 3:11-4:31; 5:17-42).

Si “la iglesia” no tenía nada que ver con un edificio o una organización con estatus legal, ¿qué significaba? ¿Cómo se sostuvieron los seguidores de Jesús? Formaron una comunidad estrecha y abnegada. Muy a menudo en las iglesias modernas usamos la palabra comunidad para describir algo más similar a un grupo de personas que comparten un interés -como ser fanáticos de un equipo deportivo o partidarios mutuos de una buena causa-. Eso está muy lejos de ser lo que era la comunidad del Nuevo Testamento. La comunidad eclesial del Nuevo Testamento era una familia.

¿Cuál es la diferencia entre la familia y un grupo de personas que se unen entre sí por un interés mutuo? Muchas cosas. ¿Esperarías que alguien te diera dinero para pagar tu alquiler o

comestibles sólo porque te gustó el mismo equipo de béisbol? ¿Esperarías que alguien te dé un trabajo o arregle tu auto sólo porque votaste por la misma persona, o corriste en la misma carrera de 5 km para recaudar dinero para una causa? Por supuesto que no. Pero tú *esperarías* la ayuda de miembros de la familia (o al menos esa es la forma en que la familia—lazos sanguíneos—se supone que funciona).

Así es como era la iglesia primitiva. Aquí lo vemos:

*Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados, y ese día se agregaron unas tres mil almas. Y se dedicaron a la enseñanza de los apóstoles y al compañerismo, a la división del pan y las oraciones. Y el temor se apoderó de cada alma, y se hicieron muchas maravillas y señales a través de los apóstoles. Y todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas en común. Y estaban vendiendo sus posesiones y pertenencias y distribuyendo los ingresos a todos, como cualquier necesidad. Y día a día, asistiendo juntos al templo y partiendo el pan en sus hogares, recibieron su comida con corazón alegre y generoso, alabando a Dios y teniendo favor con todas las personas. Y el Señor sumó a su número día a día a los que estaban siendo salvos. (Hch. 2:42-47).*

Este pasaje *no* describe el comunismo o el socialismo. No describe *ningún* sistema político. No hay nada en el pasaje acerca de un gobierno o Estado que dirija o use la coerción por el comportamiento que tú ves. Fue totalmente voluntario. Describe el comportamiento de una familia sana y normal. Las familias satisfacen las necesidades de sus miembros. En este caso, la familia consistía de miles de personas.

Esta es una muestra de lo que hacen los discípulos. Ellos nutren la comunidad. Se aman y se apoyan como lo haría una familia. Eso significa compartir recursos. Para algunos creyentes eso puede significar dinero; para otros puede significar tiempo, o

un servicio, o una habilidad. Básicamente, la comunidad hace lo que se necesita hacer para aquellos en la comunidad.

Podrías preguntarte, con tanta gente involucrada, cómo esta comunidad podría conocerse entre sí. Los creyentes se reunían en el templo -lo que generalmente causaba conflicto con los líderes judíos, pero era bueno para la evangelización- y se reunían “de casa en casa” (Hch. 2:46; 5:42). Esto significa que “la iglesia” en Jerusalén, la comunidad cristiana original, era en realidad una red de comunidades más pequeñas. Las personas en números más pequeños dentro de la comunidad fueron la primera línea de apoyo y reconocimiento de los nuevos creyentes.

Estas comunidades eran los puntos de entrada para los nuevos creyentes. La comunidad cristiana era para las personas que habían abrazado el Evangelio. Cada comunidad participaba en el discipulado de sus miembros y, de cierta manera, en el de los creyentes de la comunidad más amplia. ¿Cómo se veía esto?

Lo primero que solía ocurrir era bautizar a nuevos creyentes (Hch. 2:41; 8:12-13; 10:47-48; 16:15). El bautismo era un acto público -era observado por testigos; otros miembros de la comunidad- para identificarse con Jesús y sus seguidores. Significaba varias cosas, entre ellas que tus pecados habían sido perdonados por lo que Jesús había hecho en la cruz, y que ahora tenías una nueva vida (Rom. 6:1-4; 2º Cor. 5:17). El bautismo fue el primer paso para entrar en la vida de la comunidad. Las personas que eran bautizadas reconocían su fe en Jesús, y los testigos reconocían su compromiso.

Cuando las comunidades de creyentes se reunían, descubrían necesidades. Si podían satisfacer las necesidades de las personas en su pequeña comunidad, lo hacían. Esto permitía que los creyentes que se reunían necesitaran imitar a Jesús. Para aquellos que recibían ayuda, aprendían en “tiempo real” cómo vivir como Jesús. Cuando las necesidades eran mayores de lo que la pequeña comunidad podía satisfacer, la familia más amplia de creyentes estaba allí para ayudar. Fue por esta coordinación más amplia del ministerio, que los apóstoles, los discípulos originales de Jesús, que eran líderes de la iglesia de Jerusalén en los comienzos, nombraron ayudantes -“diáconos”- para organizar la

“distribución diaria” -probablemente de alimentos- en toda la comunidad (Hch. 6:1-7).

Una de las prácticas de las primeras iglesias a este respecto fue celebrar una fiesta en relación con el recuerdo de la “Cena del Señor” (1 Cor. 11:17-34). La “Cena del Señor” fue una celebración conmemorativa de la Última Cena, cuando Jesús les dijo a los discípulos que Su cuerpo y Su sangre pronto serían entregados por ellos. Jesús les dijo que dar Su vida era el cumplimiento del “nuevo pacto” (Lucas 22:20). La descripción de la fiesta en la Cena del Señor dice lo mismo (1 Cor 11:25). La Cena del Señor era una manera de recordar lo que Jesús había hecho. Jesús había dicho a sus discípulos que lo hicieran “*en memoria de mí*” (1 Cor 11:24-25). También era otra manera de asegurarse de que los pobres de la comunidad de creyentes fueran atendidos.

## COMUNIDAD DE DISCÍPULOS

“Compañerismo” es una palabra del Nuevo Testamento que describe la actividad de la comunidad creyente. Cuidarse unos a otros es parte de la comunión bíblica, porque cuando los creyentes se reúnen, las necesidades se pueden discernir y satisfacer. Dicho esto, necesitamos hacer un breve examen sobre la comunión para hablar acerca de otras cosas que hacen los discípulos.

Muchos cristianos hoy en día equiparan la “comunión” con divertirse juntos. Por supuesto, hacer cosas divertidas juntos fortalece las relaciones. Disfrutar de la compañía de personas construye lazos. Pero eso realmente no es compañerismo bíblico en el sentido de convertirse en discípulos.

La diferencia básica entre hacer cosas divertidas juntos y la comunión bíblica es que la comunión no se trata sólo de pasar tiempo juntos. Es mucho más intencional.

La meta de la comunión es, en última instancia, “ser de una mente” en torno a Jesús para que podamos “tener Su mente en nosotros.” En otras palabras, la meta de la comunión es el discipulado. Un par de versículos de Filipenses encierra la idea:

*Solo que vuestro estilo de vida sea digno del Evangelio de Cristo, para que, si vengo a veros o me ausente, pueda escuchar de vosotros que estáis firmes en un espíritu, con una mente que lucha codo con codo por la fe del Evangelio. (Fil. 1:27).*

*Entonces, si hay algún estímulo en Cristo, cualquier consuelo del amor, cualquier participación en el Espíritu, cualquier afecto y simpatía, completa mi alegría siendo de la misma mente, teniendo el mismo amor, estando totalmente de acuerdo y de una sola mente... Tened esta mente entre vosotros, que es vuestra en Cristo Jesús. (Fil. 2:1-2, 5).*

¿Qué significa tener la mente de Cristo y luego tener una mente como una comunidad de creyentes? ¿Significa que todos creen lo mismo hasta el último detalle? No. La Biblia habla de unidad, no de uniformidad. Una manera de entender mejor el “ser de una sola opinión” es que cada miembro de la comunidad está persiguiendo el mismo objetivo: ser como Jesús. El objetivo es la armonía, no la unanimidad, en la búsqueda de la semejanza a Cristo y la convivencia en comunidad como creyentes.

Las comunidades de los primeros creyentes se comprometieron en una serie de actividades que convergían en esa meta. Ellos oraban, ayunaban, adoraban y estudiaban las Escrituras. Ya que todas esas actividades son cosas que hacen los discípulos individualmente y juntos, hablaré de cada una por separado a continuación.

## **LOS DISCÍPULOS ORAN**

En términos más simples, la oración es hablar con Dios. Pero eso precisa pensarse un poco. ¿Dios ya no sabe lo que estamos pensando? Lo sabe. Entonces, ¿por qué orar? La oración no es para informar a Dios. La oración es una manera en que podemos mostrarle a Dios -y a los demás- que dependemos de Él. Es una forma de expresar que queremos que Dios actúe, que no confiamos en nosotros mismos o que no podemos hallar una

solución por nuestra cuenta. La oración fomenta nuestro propio sentido de dependencia y seguridad en Dios solamente. En ese sentido, la oración es adoración. Lo mismo es cierto para la oración en grupos.

En Lucas 11:1, los discípulos, refiriéndose a Juan el Bautista y sus seguidores, le preguntaron a Jesús: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.” La respuesta de Jesús es la ahora famosa “Oración del Señor” (Lucas 11:2-4; cp. Mat. 6:9-15). Es importante notar que Jesús no les dijo a los discípulos qué palabras orar en la oración del Señor. Más bien, les dijo que oraran “así” (Mat. 9:9). Les estaba dando un modelo. No necesitamos usar fórmulas o palabras especiales para hablar con Dios. *¡Sólo habla con Dios!* Además, la oración nunca debe hacerse de manera teatral (Lucas 18:9-14).

No hay nada en la oración del Señor que Dios no conozca. Nuevamente, la oración no se trata de llenar el vacío en el conocimiento de Dios. Más bien, la oración del Señor está atada a cosas como la adoración y la honra a Dios *«santificado sea tu nombre»*, obediencia a la voluntad de Dios *«hágase tu voluntad»*, perdón *«perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a otros»*, y solicita ser liberado de la tentación y del mal *«no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal»*. La oración es algo que está diseñado para alinear nuestros corazones con el señorío de Dios en nuestras vidas y construir una actitud de dependencia en Él.

La Biblia está llena de oraciones, tanto individuales como en grupo. Si las lees, aprendes que la oración también es un medio por el cual podemos expresar nuestros sentimientos a Dios -ira, pena, amor, etc.-. Dios no está aprendiendo nada cuando hacemos eso. Aprendemos a someternos a Él, creyendo que Él es bueno y sabe lo que es mejor, y le pedimos ayuda a Dios. Jesús dijo que Dios ciertamente respondería en el contexto más amplio de su sabia voluntad. En otras palabras, las respuestas de Dios pueden no ser siempre lo que queremos, pero Dios sabe todo lo demás que está sucediendo en el curso de toda la experiencia y el comportamiento humano, y está trabajando en Su plan mayor. Dios también puede responder de una manera inesperada.

En las oraciones de la biblia tampoco hay un enfoque propio. La mayor parte de su contenido está dirigido a bendecir a otros o pedir la misericordia de Dios sobre los demás. Las cartas de Pablo habitualmente incluyen oraciones para aquellos a quienes escribe. La oración no es siempre, o en su mayoría, para expresar nuestras propias necesidades y deseos.

Jesús oraba con frecuencia. Él fue consecuente con su propia enseñanza de que la oración debe ser perseverante (Col. 4:2-6, Lucas 18:1-8). Jesús no recibió respuesta a toda oración -lo cual era aceptable para Él-, ya que le preocupaba más que se hiciera la voluntad de Dios (Mat. 26:36-46). Este es un recordatorio importante acerca de la oración. Jesús enseñó que Dios responde cuando oramos (Lucas 11:9-13), pero no podemos presumir que Dios responderá de la manera que deseamos si le desobedecemos o al no estar en concierto con Su propia voluntad (Stg. 4:3; 1 Juan 3:22; 5:14).

## LOS DISCÍPULOS AYUNAN

El ayuno puede ser desconocido para muchos lectores. Generalmente, “ayunar” de algo significa *abstenerse* de eso. “Ayunar” de la comida significa estar sin comer. Este es el tipo de ayuno que vemos más a menudo en la Biblia, aunque no siempre. Jesús ayunó (Mat. 4:2). Presumió que los discípulos seguirían Su ejemplo y les advirtió que no fueran hipócritas cuando lo hicieran (Mat. 6:16-18). El ayuno no se trata de llamar la atención. Es entre tú y Dios.

El ayuno no es meramente abstenerse de comer. Puedes ayunar de todo tipo de cosas de la manera que quieras. Jesús no estaba recomendando una estrategia para perder peso. Él tenía otra cosa en mente cuando ayunaba y cuando hablaba de ayunar. Si bien la Biblia contiene muchos casos de ayuno, no hay reglas específicas. Pablo señaló que los matrimonios podían ayunar del sexo (1 Cor. 7:1-5) para dedicar especial atención a algún asunto de oración.

Pero ¿por qué hacerlo? Las palabras de Pablo en 1 Cor. 7:5 sobre matrimonios que aceptan abstenerse de tener relaciones sexuales por un tiempo nos dan una indicación: “No se priven

unos a otros, excepto quizás por acuerdo de un tiempo limitado, para que puedan dedicarse a la oración.” El ayuno es una práctica espiritual diseñada para ayudarnos a enfocarnos en la oración. ¿Cómo es eso? Quizá un ejemplo ayude. Si decides ayunar de la comida por un día, siempre que tengas hambre eso te recuerda que debes orar. Tu ayuno es un recordatorio y dirige tu atención a la razón por la que decidiste ayunar.

Otra forma de pensar acerca del ayuno es preguntar qué nos distrae de la oración o, más generalmente, nuestro caminar con Dios. La respuesta podría ser nuestros teléfonos, televisión o algún pasatiempo. Estas son todas las cosas que podemos reservar por un tiempo -“ayuno” de- para que nuestras mentes regresen a Dios y a la oración.

Las comunidades de la iglesia primitiva ayunaron para enfocarse colectivamente en la oración (Hechos 13:1-3; 14:23). En el Antiguo Testamento, el ayuno comunitario también era una manera de mostrar el dolor colectivo por el pecado y el arrepentimiento (Jer. 36:6; Joel 2:12).

## **LOS DISCÍPULOS ADORAN**

Tú podrías pensar que la adoración es fácil de definir o entender. Bueno, lo es y no lo es. Con demasiada frecuencia equiparamos la adoración con lo que sucede en un servicio de la iglesia, principalmente la música. Eso no es adoración, al menos en términos de cómo la Biblia lo define, aunque la música y los himnos eran parte de las reuniones cristianas (Ef. 5:19; Col. 3:16). Otra propensión en nuestra cultura es pensar en la adoración como un sentimiento o experiencia mística dirigida hacia el interior. Eso tampoco es adoración. Hay una serie de pasajes en los que podemos pensar, pero veamos dos:

*Os pido, por lo tanto, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como un sacrificio vivo, santo y aceptable para Dios, que es vuestra adoración espiritual. No os conforméis a este mundo, sino que transformaos con la renovación de vuestra mente, para que al probar podáis discernir cuál es la*

*voluntad de Dios, qué es bueno, aceptable y perfecto.*  
(Rom. 12:1-2)

Jesús le dijo a la mujer samaritana: *“La hora está llegando, y ahora está aquí, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre está buscando que tales personas lo adoren.”* (Juan 4:23)

Ya hemos hablado sobre lo primero en nuestra discusión sobre vivir una vida santa. ¿Cómo adoras a Dios? Vive como Jesús. No te conformes al mundo -sus valores y actividades de gratificación propias-. *Eso* es adoración. La verdadera adoración es por tanto, una cuestión del corazón.

El segundo pasaje es interesante por una razón específica. Jesús le dijo a la mujer que Dios está buscando que la gente lo adore. La adoración, por lo tanto, no es algo que se origina con nosotros. Estamos *invitados* a responder a la bondad y el amor de Dios. *Cómo* y *dónde* hacemos eso puede variar. Podemos hacerlo individualmente, con o sin música, dentro o fuera de un servicio religioso. También podemos hacerlo corporativamente, en comunión con otros creyentes.

Cuando los creyentes se reúnen en comunión, “se motivan unos a otros para amar y hacer buenas obras” (Heb. 10:24-25). En otras palabras, se estimulan mutuamente a la adoración espiritual -imitando a Jesús-. Alaban a Dios por Su bondad, amor y presencia providencial en sus vidas (Hch. 2:46-47; Stg. 5:13). La alabanza incluye cantar himnos y tocar música (Mat. 26:30; Ef. 5:19; Col. 3:16), pero está inequívocamente relacionada con la vida santa “... *aprueba lo que es excelente, y así serás puro e irreprochable para el día de Cristo, lleno del fruto de justicia que viene a través de Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios*” (Fil. 1:10-11).

No podemos perder de vista el hecho de que nuestra “adoración espiritual” a Dios está intrínsecamente ligada a la forma en que vivimos (Rom 12:1-2). No se trata de una experiencia de treinta minutos en casa o en una iglesia. Se trata de *una vida* orientada y dirigida a Dios.

## LOS DISCÍPULOS CONFIESAN EL PECADO Y ACEPTAN EL PERDÓN DE DIOS

Una de las cosas con las que un discípulo tiene que enfrentarse tan pronto como comienza su viaje de seguir a Jesús es que fallará. Ninguno de nosotros está sin pecado como Jesús (2 Cor. 5:21; 1º Pe. 2:21-22; 1º Juan 3:5), ni podemos esperar estarlo. La Biblia es clara en este punto. Los discípulos pecaron (Marcos 14:30, 68, 72). Uno de ellos, Juan, escribió más tarde en vida:

*Pero si caminamos en la luz, como Él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. (1 Juan 1:7-10).*

Sin embargo, es maravilloso saber que nuestra integración a la familia de Dios no se debe a nuestro desempeño. Nuestras buenas obras no pueden poner a Dios como que nos debe algo. Nunca nos debe una vida eterna por cualquier mérito que podamos pensar que tenemos. Nuestra actuación -o la falta de ella- no lo alejó de nosotros. Dios nos amó “cuando aún éramos pecadores” (Rom. 5:8). En consecuencia, debemos recordar que, dado que la salvación nunca puede obtenerse mediante la perfección moral, no puede perderse por la imperfección moral.

A la luz de nuestra imperfección, el verdadero discípulo de Jesús debe mantenerse enfocado en la bondad y el amor de Dios. Mira de nuevo el pasaje de la carta de Juan. Nos dice exactamente qué hacer cuando fallamos a Dios, ya sea haciendo algo que no es consecuente con imitar a Jesús, o dejando algo sin hacer que es consecuente con ser como Él: “*Si confesamos*

*nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.”*

Cuando pecamos y fallamos, debemos reconocerlo. Eso es lo que significa la confesión. No debemos esconder, excusar, ni racionalizar nuestro pecado. Dios quiere que lo admitamos. ¿Por qué? Necesitamos ser humildes. Necesitamos recordar que la salvación es acerca de lo que otra persona –Jesús- hizo por nosotros, no por lo que ganamos. La confesión reconoce que somos hijos de Dios por causa de Jesús. Podemos estar seguros de que nuestro pecado no nos separará de Dios; no seremos expulsados de la familia (Rom. 8:31-39). Dios sabía, antes de que abrazáramos el Evangelio, que teníamos defectos. No es algo que lo sorprenda. No cambia lo que Él siente por nosotros.

Una pregunta obvia entonces es ¿por qué deberíamos preocuparnos por el pecado? Los discípulos del Nuevo Testamento se encontraron con esa actitud en las personas. El apóstol Pablo lo mencionó en su carta a los cristianos en Roma:

*¿Qué diremos entonces? ¿Debemos continuar en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! ¿Cómo podemos vivir en ella quienes morimos al pecado?... No permitáis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, para haceros obedecer sus pasiones. No presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos para la injusticia, sino presentaos ante Dios como aquellos que han sido traídos de muerte a vida, y vuestros miembros a Dios como instrumentos para la justicia. Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia. ¿Entonces qué? ¿Debemos pecar porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera! ¿No sabéis que, si os presentáis a alguien como esclavos obedientes, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado, que conduce a la muerte, o de la obediencia, que conduce a la justicia? (Rom. 6:1-2, 12-16).*

Nótese que la Biblia no dice “Dios no lo quiera, no peques o ¡Dios no te amará más!” Más bien, la preocupación es volver a la esclavitud de la autodestrucción. Entonces, por un lado, pecaremos, pero, por otro lado, deberíamos evitar el pecado. Esta lucha es algo que el apóstol Pablo conocía bien (Rom. 7:7-25), pero fue un notable seguidor de Jesús. El Nuevo Testamento nos alerta muchas veces de que hay una guerra dentro de nosotros. Nuestros corazones quieren seguir a Jesús, pero nuestro ser imperfecto quiere la propia gratificación y preeminencia en cómo vivimos (1 Pe. 2:11; Stg 4:1).

Cuando tratamos de seguir a Jesús, es una buena idea hacer como dice el dicho, “mantener un breve recuento con Dios.” La idea es que cuando fallamos, debemos confesarlo y agradecer a Dios por Su perdón. Debemos recordar lo que nuestro pecado le costó a Jesús. Deberíamos seguirlo con amor leal, agradeciéndole que fue a la cruz “cuando aún éramos pecadores” (Rom. 5:8) para que podamos ser sus hermanos y hermanas.

## **LOS DISCÍPULOS ESTUDIAN LA BIBLIA**

En la iglesia primitiva, los creyentes escuchaban las enseñanzas de los apóstoles y estudiaban las Escrituras. Pablo y otros misioneros-apóstoles hicieron lo mismo cuando establecieron iglesias en otros lugares (Hch. 2:42; 4:2; 5:42; 17:10-11; 18:11; 20:20). Este fue el método más común de aprender la Biblia en la era del Nuevo Testamento porque la mayoría de las personas no tenían su propia copia de la Biblia. Muchos creyentes tampoco podían leer. Si bien somos parte de una cultura alfabetizada y tenemos acceso a la Biblia, podemos beneficiarnos del aprendizaje en comunidad.

Aprender la Palabra de Dios es necesario para seguir a Jesús. ¿De qué otra manera podemos aprender acerca del pecado - comportamientos y actitudes que deben evitarse- y la vida llena del Espíritu -la manera en que debemos comportarnos-? Las Escrituras nos enseñan a que *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y*

*santidad de la verdad.*” (Ef. 4: 22-24). Cuando nos convertimos en parte de la familia de Dios a través de la fe en el Evangelio, el Espíritu nos habita (1 Cor. 3: 16-17; 6: 19-20; 2 Cor. 6:16; Ef. 2:22) y nos ayuda a llevar vidas fructíferas:

*Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.* (Gal. 5:18-24).

Los discípulos aprenden y viven la Palabra de Dios en sus vidas. Así es como Jesús mostró que amaba a Dios -Él obedeció la voluntad de Dios-. La comunidad es una ayuda significativa para hacer eso. En una comunidad entramos en contacto con creyentes maduros que han seguido a Jesús por muchos años. Podemos aprender cómo cambiaron sus vidas a medida que aprendieron a “*dejar lo viejo y ponerse lo nuevo.*” Podemos pedirles ánimo cuando luchamos en nuestra búsqueda de ser como Jesús. Pueden recordarnos el amor y el perdón de Dios. Ellos entienden, ya que cada cristiano lucha por apartarse del pecado y hacer lo que es correcto (1 Juan 1:5-10). Incluso los apóstoles lucharon contra el pecado y hacían lo correcto (Rom. 7:7-25; Gál 2:11-14). Comunidad significa responsabilidad, empatía y ánimo cuando buscamos estar más conformes al ejemplo de Jesús.

## **LOS DISCÍPULOS SUFREN**

Este elemento puede sorprenderte, pero está claro en el Nuevo Testamento. Jesús les dijo a sus discípulos:

*“Si el mundo os odia, debéis saber que me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como propio; pero como no sois del mundo, sino que os elegí fuera del mundo, por tanto, el mundo os odia. Recordad la palabra que os dije: “Un siervo no es más grande que su amo.” Si me persiguen, también a vosotros os perseguirán.”* (Juan 15:18-20).

Aquí es donde realmente se prueba la lealtad creyente. Una cosa es aprender que necesitamos cambiar de opinión sobre cómo vivimos. Otra muy distinta es seguir a Jesús y sufrir por ello. Los apóstoles sufrieron por seguir a Jesús (Hch. 5:41; 9:16; 21:13; 2 Cor. 11:22-29). Aferrarse a la fe es un tema en todo el Nuevo Testamento (Rom. 8:17-18; 2 Cor. 1:3-7; Fil. 1:27-30; 1 Pe. 3:13-17). Pedro, uno de los doce discípulos originales, había visto sufrir a Jesús y había sido encarcelado por su fe (Hch. 12:1-19). Escribió a los creyentes que habían sido desplazados y dispersados por la persecución:

*“Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.”* (1 Pe. 2: 20-23).

El sufrimiento duradero requiere que recordemos que el Evangelio no promete facilidad en esta vida, sino un lugar eterno en la familia de Dios en la vida venidera. Este mundo no es nuestro verdadero hogar.

## LOS DISCÍPULOS HACEN MÁS DISCÍPULOS

Si bien amar a Dios, a unos y a otros y a nuestro prójimo es el aspecto más importante de *ser* un discípulo, lo más importante que *hacen* los discípulos es hacer otros discípulos. Esta fue la tarea que Jesús ordenó a sus seguidores justo antes de ascender al cielo. Por eso se llama la Gran Comisión:

*“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.  
Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;  
enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”* (Mat 28:18-20).

“Haced discípulos a todas las naciones”. Esa fue una gran parte de la historia de la Biblia. La autoridad de los poderes sobrenaturales que ha esclavizado a las naciones ha sido eliminada. Dios quiere a sus hijos, a sus compañeros -discípulos de Su hijo Jesús- para compartir las buenas nuevas del Evangelio en todas partes. Dios quiere tantas personas en Su familia como sea posible. Nuestra tarea es contar las buenas nuevas, vivirlas frente a ellas y traerlas a la familia de Dios -y enseñarles a hacer lo mismo-.

¿Cómo hacemos eso? Compartimos nuestra fe –la manera en que llegamos a creer el Evangelio-. Es increíblemente simple.

Primero, cuéntales a las personas lo que era tu vida antes de creer en el Evangelio y abrazar el perdón de Dios a través de Jesús. La gente disfruta las historias, especialmente sobre otras personas. ¿Por qué? Siempre hay algo en la historia de una persona que se conecta con nuestra propia historia. Cuando le cuentas a alguien sobre tu vida antes de entender el Evangelio, algún detalle de tu vida le resultará familiar a la persona con la que estás hablando -y tal vez mucho de lo que está en tu historia se conectará con ellos-.

En segundo lugar, explícales por qué escuchar y creer en el Evangelio fue un punto de inflexión para ti. Por lo general, esto tiene algo que ver con el perdón por nuestros pecados. Es maravilloso saber que a pesar de las cosas que nos hemos hecho a nosotros mismos y a otras personas, Dios todavía nos ama y nos quiere tanto que nos ofrece la salvación. Luego comparte la historia de cómo Dios envió a Jesús para que podamos ser perdonados y tener una vida eterna con Él -lo que Dios ha querido desde el principio-.

Tercero, cuenta a las personas el impacto que ha tenido en tu vida creer en el Evangelio y ser perdonado. Diles cómo es conocer el perdón de Dios, el amor y la promesa de vida eterna. Diles cómo ha cambiado tu perspectiva sobre quién eres y por qué estás aquí. Diles cómo te ha cambiado el hecho de abrazar el Evangelio.

Algunas personas pueden querer ver una prueba de un cambio en el corazón. Eso es normal -y una oportunidad para imitar a Jesús-. Esta es una de las razones importantes para vivir una vida santa. Jesús amó y sirvió a la gente. Las personas quieren ser amadas y buscan autenticidad en otras personas. Responder a las personas como lo haría Jesús es poderoso. Ellos se darán cuenta. Saben cuándo alguien los ama o no. Saben cuándo los pones por sobre el mensaje del Evangelio. No todos creyeron a Jesús. No todos creerán en el Evangelio cuando lo compartas con ellos y los trates como Jesús lo haría. Pero *muchos* lo harán.

## NOMBRES IMPORTANTES Y TÉRMINOS (GLOSARIO)

Los términos incluidos en esta lista no incluyen los explicados a lo largo del libro. Los artículos en mayúscula y en negrita se incluyen en el glosario.

**Abraham** – el hombre que Dios eligió para ser el antepasado de las personas que se conocerían como israelitas o judíos.

**Hechos** – un libro en el Nuevo Testamento sobre la historia de los primeros cristianos.

**Adán y Eva** – los dos primeros humanos (un hombre y una mujer) que Dios creó.

**Ángeles** – seres sobrenaturales que sirven a Dios y ayudan a los creyentes en Jesús. Los términos hebreos y griegos originales traducidos como “ángel” en Biblias en español significan “mensajero.” El término “ángel” es, por lo tanto, una descripción de trabajo—describe el papel de un miembro del reino celestial de Dios que lleva mensajes a las personas de Dios. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Apóstol** – un término griego que significa “uno enviado.” Hay diferentes clases de apóstoles en el Nuevo Testamento.

**Ascensión** – el regreso de Jesús al cielo después de su resurrección.

**Asirios** – Históricos enemigos de Israel desde el norte de Mesopotamia.

**Babel** – la antigua ciudad de Babilonia, ubicada en el sur de Mesopotamia (el actual Irak).

**Babilonios** – Históricos enemigos de Israel del sur de Mesopotamia.

**Creyente** – Alguien que abraza o tiene confianza en el Evangelio.

- Biblia** – Una colección de 66 libros antiguos y sagrados, escritos por hombres guiados providencialmente por Dios. Los primeros 39 libros se conocen como el Antiguo Testamento, seguidos por 27 libros llamados Nuevo Testamento.
- Cristo** – Una palabra griega que significa “ungido”; equivalente a “Mesías” y un título para Jesús.
- Pacto** – Un acuerdo entre dos partes. En la Biblia, Dios hace convenios con la humanidad en la que les extiende promesas y bendiciones. Los pactos pueden o no tener condiciones.
- Cruz** – Los medios de la ejecución de Jesús. La cruz romana era un palo vertical con una viga transversal en la que las víctimas fueron atadas o clavadas y dejadas para asfixiarse después de la tortura. En el Nuevo Testamento, “la cruz” también se refiere al lugar donde se pagó el pecado y se aseguró la Salvación para todos los que creen en el Evangelio.
- David** – el segundo rey de Israel, a quien Dios prometió una dinastía eterna. El Mesías vendría de este linaje dinástico.
- Depravación** – un término relacionado con el mal y el pecado, aunque a menudo se refiere al alcance y frecuencia de los malos pensamientos y comportamientos.
- Diablo** – Otro nombre para Satanás y la Serpiente. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.
- Discípulo** – como sustantivo, alguien que sigue a Jesús imitando su vida y obedeciendo sus enseñanzas; como verbo, “hacer discípulo” a alguien es enseñarle a seguir a Jesús.
- Evangelismo** – la empresa de difundir el mensaje del Evangelio por diversos medios.
- Éxodo** – (1) El nombre del segundo libro en la Biblia; (2) un término que describe la antigua nación de la salida de Israel de la esclavitud en Egipto.
- Maldad** – todo lo que Dios considere moral o éticamente malo, perjudicial y ofensivo para Él o para su creación.

**Fe** – Creer, tener confianza (en alguien o algo).

**Caída** – El pecado de Adán y Eva en el Edén y sus implicaciones subsiguientes.

**Perdón (del pecado)** – cuando Dios perdona a alguien de sus ofensas y malas acciones contra Él. Cuando Dios perdona, cualquier pena que se le debe se cancela. Los conceptos relacionados incluyen gracia, misericordia y salvación.

**Jardín del Edén** – el lugar en el mundo creado por Dios donde vivían Adán y Eva. Dios también estuvo presente en el Edén.

**Génesis** – El primer libro de la Biblia.

**Gentil** – un término que describe a alguien que no es parte del Israel étnico; es decir, “no israelita.”

**Dios** – en la Biblia, cuando este término es singular y en mayúscula, se refiere al ser Sobrenatural único, máximo e incomparable que creó todo lo que es, y ama a la humanidad.

**Deidad** – La Trinidad; las tres personas (Padre, Hijo, Espíritu Santo) del único Dios incomparable.

**Evangelio** – El mensaje de salvación a través de Jesucristo.

**Gracia** – Cuando Dios nos ofrece o nos da lo que no merecemos; La bondad de Dios.

**Gran comisión** – la misión que Jesús dio a sus seguidores para difundir el Evangelio y hacer discípulos en todo el mundo.

**Hebreo** – (1) Otro término para “israelita”; (2) el lenguaje en el que se escribió originalmente el Antiguo Testamento.

**Espíritu Santo** – El Espíritu personal de Dios, igual a Él en esencia.

**Isaac** – El hijo de Abraham nacido de Sara.

**Israel** – (1) El nuevo nombre de Jacob, el nieto de Abraham; (2) la nación del Antiguo Testamento iniciada por Dios a través de Abraham y Sara.

**Israelitas** – Miembros del linaje de Abraham; miembros de la nación de Israel.

**Jacob** – El hijo de Isaac y, por lo tanto, el nieto de Abraham. Su nombre fue cambiado más tarde a “Israel.”

- Jesús** – el Hijo de Dios, que nació de la Virgen María, pero que también fue plenamente Dios. Dios se hizo hombre como Jesús para poner en práctica el plan de Dios para la salvación de la humanidad del pecado.
- Judíos** – Otro nombre para “israelitas,” los descendientes de Abraham. En la antigüedad, este era un término dado por los extranjeros a las dos tribus restantes de israelitas enviados al exilio.
- Reino de Dios / Cristo / Jesús** – El gobierno de Dios a través de Cristo en la tierra con los creyentes. El Nuevo Testamento presenta este reino como presente y en progreso, pero a la espera de su cumplimiento final.
- Misericordia** – cuando Dios nos retiene el juicio que merecemos.
- Mesías** – un término hebreo que significa “ungido.” Se refiere al rey supremo del linaje de David que traería la salvación del pecado y la liberación del pueblo de Dios de sus enemigos. En la historia bíblica, Jesús era el mesías. El equivalente griego de este término hebreo es “Cristo.” Por lo tanto, “Jesucristo” es “Jesús, el mesías.”
- Moisés** – un israelita nacido durante la esclavitud de Israel en Egipto a quien Dios eligió para empoderar a sacar a Israel de esa esclavitud.
- Monte Sinaí** – la montaña donde Dios llamó a Moisés para liberar a los israelitas de Egipto y el lugar donde Dios le dio a Israel los Diez Mandamientos.
- Nuevo Testamento** – Los 27 libros que siguen al Antiguo Testamento. Su contenido se refiere a la vida y el ministerio de Jesús, la historia de los primeros cristianos y la difusión del cristianismo en el primer siglo A.D.
- Noé** – el hombre a quien Dios consideró justo en el momento del diluvio. Dios le ordenó a Noé que construyera un arca (un gran barco) para salvarse a sí mismo, a su familia y a la vida silvestre del diluvio.
- Antiguo Testamento** – Los primeros 39 libros de la Biblia. Su contenido es cronológicamente previo al nacimiento de Jesús.

**Pablo** – un apóstol de Jesús cuyo ministerio se centró en los gentiles (no israelitas).

**Pedro** – Uno de los doce discípulos originales de Jesús.

**Tierra Prometida** – Un término aplicado al Israel geográfico, el lugar que Dios le prometió a Abraham como el lugar donde su descendencia podría establecerse. Antes de que fuera ocupada por los israelitas, esta tierra fue nombrada en el Antiguo Testamento Canaán.

**Poderes de la oscuridad** – todos los seres sobrenaturales hostiles al plan de Dios para su mundo y su familia humana. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Resurrección** – (1) Generalmente, la conquista de la muerte por una nueva vida después de la muerte; (2) en el Nuevo Testamento, una referencia al hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos tres días después de haber sido ejecutado en la Cruz, o el ascenso futuro de todos los creyentes a la vida eterna en una nueva tierra.

**Salvación** – la liberación de alguien que cree el Evangelio de su alejamiento de Dios debido al pecado. En la salvación, los pecados de uno son perdonados creyendo en el mensaje del Evangelio. La salvación devuelve al creyente a la familia de Dios.

**Sarah** – la esposa de Abraham a quien Dios, sobrenaturalmente, otorgó concebir un hijo.

**Satanás** – Un nombre dado a la serpiente en el Edén que engañó a Adán y Eva. Satanás fue el primer ser sobrenatural en la creación de Dios que se rebeló contra Dios. Satanás es el archienemigo de Dios en el Nuevo Testamento. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Saúl** – el primer rey de Israel.

**Serpiente** – El enemigo de Adán y Eva en el Jardín del Edén. La Biblia más tarde llama a la serpiente el diablo y Satanás. Consulta el “Resumen de términos

sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Pecado** – cualquier acto o disposición que se rebela o contradice las normas de justicia, moralidad y ética de Dios.

**Salomón** – uno de los hijos de David. Salomón heredó el trono después de la muerte de David.

**Hijo** – Hijo: en la Biblia, “el Hijo” (en mayúscula) se refiere a la segunda persona de la Trinidad, que se hizo hombre, en Jesús.

**Hijos de Dios** – en el Antiguo Testamento, los seres sobrenaturales, ya sea al servicio de Dios o que se rebelaron contra Dios. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Espíritu de Dios** – Otro término para el Espíritu Santo.

**Guerra espiritual** – la lucha contra el pecado y las fuerzas sobrenaturales hostiles que se oponen al funcionamiento de la Gran Comisión. Consulta el “Resumen de términos sobrenaturales” a continuación del glosario para obtener más detalles.

**Sobrenatural** – un término que se refiere a lo que trasciende o cae fuera del mundo y universo natural (físico, material). Un “ser sobrenatural” se refiere a un ser que es un ser espiritual que por naturaleza es incorpóreo.

**Diez mandamientos** – las diez leyes morales iniciales dadas a los israelitas por Dios después del éxodo de Egipto.

**Trinidad** – Las tres personas de la Deidad; la doctrina bíblica de que Dios es uno, pero existe eternamente en tres personas.

## RESUMEN DE TÉRMINOS SOBRENATURALES

La Biblia nos presenta una variedad de términos para aquellos seres que habitan el mundo espiritual. La tradición cristiana a menudo ha fusionado estos términos, creando confusión. He dedicado gran parte de mi carrera académica a estos asuntos, e invitaría a cualquier persona interesada en los temas de los ángeles, Satanás y espíritus malignos a leer (en este orden):

- *Sobrenatural: lo que la Biblia enseña sobre el mundo invisible y por qué importa*
- *El reino invisible: Recuperar la visión sobrenatural del mundo de la Biblia*
- *Ángeles: lo que realmente dice la Biblia sobre la hueste celestial de Dios*
- *Demonios: lo que la Biblia realmente dice acerca de los poderes de la oscuridad.*

El primero de estos libros es como este -no está diseñado para ser una discusión académica-. Los otros tres libros son de naturaleza académica (muchas notas al pie y detalles). Hay miles de notas y referencias en estos libros extraídas de recursos académicos para apoyar el contenido.

Para la presente, puede ser útil revisar o resumir el mundo sobrenatural al que se hace referencia en nuestra presentación de la historia de la Biblia.

La Biblia enseña que hay un mundo invisible -un mundo de seres espirituales-. Estos seres no tienen por naturaleza cuerpos, aunque pueden asumir una forma física. El mundo espiritual es “sobrenatural” -un mundo que es de una naturaleza diferente a la del mundo físico y va más allá (“-súper-”) del mundo natural y físico.

Dios es un miembro del mundo espiritual, pero es superior a ese mundo como su creador. Solo Dios es no creado y eterno. Él creó a todos los demás seres espirituales que habitan el mundo

espiritual, así como creó toda la vida en el mundo que conocemos (es decir, el mundo físico y material).

La Biblia describe a los miembros del mundo espiritual con una variedad de términos (por ejemplo, Rom 8:38; 1 Ped. 3:22). He introducido algunos de ellos en este libro. Algunos de estos términos son descripciones de trabajo -maneras de describir lo que *hace* un ser espiritual-. “Ángel” es un ejemplo. El término significa “mensajero.” Con todo, en la cultura grecorromana del Nuevo Testamento, “ángeles” también se convirtió en un término para cualquier miembro de la hueste celestial que no se había rebelado contra Dios. El término “demonio” se convirtió en la etiqueta para todos los que se rebelaron, a pesar del hecho de que “demonio” tenía una variedad de significados en el mundo antiguo.

La frase descriptiva “hijos de Dios” es un término familiar que nos recuerda que Dios es el Padre (Creador) de los seres espirituales. Sin embargo, el término significa más que eso. Argumento sobre la frase en *Sobrenatural y El Reino Invisible* en detalle. “Hijos de Dios” se refiere a un alto rango en la “fuerza laboral” de Dios. Se extrae del lenguaje de cómo los hijos de un rey en el mundo antiguo recibieron altos cargos de responsabilidad. En la historia bíblica, los “hijos de Dios” fueron asignados para gobernar las naciones que Dios había juzgado en Babel -un trabajo que era más importante que simplemente entregar mensajes (la tarea de los “ángeles”)-.

Originalmente, todos los miembros del mundo espiritual eran leales a Dios. Las cosas no se quedaron así. Mientras leemos en este libro, Dios compartió sus cualidades con los miembros del mundo espiritual cuando los creó. Una de esas cualidades era el libre albedrío. Algunos de los miembros del mundo espiritual ejercieron su libertad en rebelión contra los deseos de Dios y la familia humana de Dios. En conjunto, todos los seres espirituales en rebelión contra Dios y su pueblo son los “poderes de la oscuridad.” Sin embargo, la Biblia distingue a los enemigos espirituales de Dios, durante el curso de la historia, del deseo de Dios de tener una familia humana.

La Biblia describe tres tales rebeliones. La primero ocurrió en el Jardín del Edén. Uno de los miembros del mundo espiritual

quería socavar el deseo de Dios de tener una familia humana. En la historia bíblica, esa figura llegó a Eva en forma de serpiente y la engañó. Más adelante en la Biblia, etiquetas como “Satanás” (un término que significa “Adversario”) y “Diablo” (un término que significa “calumniador”) se convirtieron en nombres para este rebelde original.

Más adelante en la historia bíblica, algunos de los hijos de Dios celestiales se rebelaron. Ellos transgredieron la frontera entre el mundo espiritual y físico. El breve libro de Judas describe su pecado como “no permanecieron dentro de su propia posición de autoridad.” La tradición de la iglesia finalmente llegó a (imprecisamente) llamar a estos hijos rebeldes de Dios “ángeles caídos” para describir su “caída” de la santidad, o “demonios” para denotar su maldad. Esto, a pesar del hecho de que el Antiguo Testamento nunca usa “ángeles” o “demonios” para hablar de los rebeldes de Gen. 6:1-4.

Finalmente, los “hijos de Dios” a quienes se asignaron las naciones después del episodio de la Torre de Babel se corrompieron en algún momento de sus asignaciones. El Salmo 82 es todo acerca de su juicio. Estas entidades territoriales son la base de los “príncipes” sobrenaturales asociados con las naciones en Daniel 10, así como de los “principados,” “gobernantes,” “autoridades,” “tronos” y “poderes” que Pablo escribió en varios pasajes (por ejemplo, Efesios 6: 11-12). Todos estos términos hablan de dominio geográfico, por lo que son apropiados para describir la situación que surgió después de Babel en la historia bíblica.